

La Espera

Año V Núm. 218

Precio: 60 cénts.



MARUXA, cuadro de Alvarez Sotomayor

Las Mujeres Fascinadoras

deben mucho de su encanto á la belleza juvenil
de su tez. La

"Nieve 'Hazeline'"

(Marca de Fábrica) ("Hazeline" Snow TRADE MARK)

proporciona radiante belleza al cutis.

De venta en todas las
Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia.
Londres

Sp.P. 1334

La "Nieve 'Hazeline'" no es grasienta.
Aquellas personas cuyo cutis requiera
una preparación grasienta deberían
obtener la Crema 'Hazeline'.

All Rights Reserved

UNDERWOOD



Campeón
de las
Máquinas de escribir

G. TRÚNIGER Y C.º

Balmes, 7, Barcelona. Alcalá, 39, Madrid.
CASA SUIZA

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



BAUME BENGUÉ
Curación radical de
GOTA - REUMATISMOS
NEURALGIAS

De venta en todas las farmacias y droguerías.

: A. Gamir :
VALENCIA

Para combatir los granos y calpullidos.
Papeles Yhomar 150 pesas Caja
FARMACIA GAMIR

F. Gayoso
MADRID



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.—Mayor sequedad de atmósfera
y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.—Abierto todo el año.

Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barquillo, 3, Madrid

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**



PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

LA ESFERA - MUNDO GRÁFICO - NUEVO MUNDO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

LA ESFERA

Madrid y provincias.....	{	Un año	30 pesetas
		Seis meses.....	18 >
Extranjero.....	{	Un año	50 >
		Seis meses.....	30 >
Portugal.....	{	Un año	35 >
		Seis meses.....	20 >

MUNDO GRÁFICO

Madrid y provincias.....	{	Un año	15 pesetas
		Seis meses.....	8 >
Extranjero.....	{	Un año	25 >
		Seis meses.....	15 >
Portugal.....	{	Un año	18 >
		Seis meses.....	10 >

NUEVO MUNDO

Madrid y provincias.....	{	Un año	19 pesetas
		Seis meses.....	10 >
Extranjero.....	{	Un año	30 >
		Seis meses.....	16 >
Portugal.....	{	Un año	22 >
		Seis meses.....	12 >

Hermosilla, 57.-MADRID

La Esfera

Año V.—Núm. 218

2 de Marzo de 1918

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



CAMARA

ESPAÑA MONUMENTAL.—UN ASPECTO DE LA MARAVILLOSA CATEDRAL DE BURGOS

FOT. VADILLO

DE LA VIDA QUE PASA

LA ISLA DE LOS PIRATAS

Al disponerme á fijar la impresión recibida en mi visita á la isla de ***, se me aparece clara la utilidad de aquella fórmula cervantina que, al dejar en lo oscuro la patria del héroe manchego, legó á muchos eruditos finalidad vital, sin la cual también ellos estarían en la sombra. No quiero ni puedo acordarme del nombre de esta isla; pero aseguro que no pertenece á la geografía ilusoria de los poetas, que podría citar los grados de longitud y latitud donde se halla, que está separada del continente por tres millas de mar muy azul, circuado de rocas, y que tiene, en sus mil quinientos metros de extensión, una iglesia con tablas antiguas, una calle, un pétreo murallón destinado antaño á defendar contra los embates del agua y de los hombres, y una puerta que separa el recinto urbano del resto de la isla, á cuyo extremo opuesto se alza el faro cual si quisiera marcar bien su soledad para la labor humanitaria de guiar á los nautas y desentenderse de cuantos desafueros ocurren en el pueblecillo.

¿Cuántos viven en ese islote? Serán doscientos, acaso algunos más. Y al decir viven, doy á la palabra su valor máximo. Bajo esa tierra, cuyo pizarroso color revela gran riqueza de minerales, no reposan desde hace mucho humanos restos. Los muertos van al camposanto dc' más populoso pueblo situado en la costa frontera; y los llevan sobre las barcazas de anchas velas triangulares inclinadas hacia la proa, en un viaje que evoca las alegorías primitivas del paso de la laguna Estigia... A veces ese pedazo de mar se encrespa y los aíslos, durante varios días, del resto del mundo... A ellos nada parece importarles, ni se desmedran por tales accidentes.

Si antes sólo pesaban peces, ahora pesan cien objetos valiosos, no sólo sobre las olas, sino en fondos profundos, dando muestras de resistencia pulmonar y destreza de nadadores insuperables... y cuando escasean las virtuallas se alimentan un poco de codicia. ¡Ahora sí que está bueno el mar! No es posible hallar ningún operario que se emplee en reedificar alguna casa medio derruida, en reparar la gran puerta de la ciudadela, de la cual pendan, rememorando aventuras, osamentas de peces gigantescos; en cambio, á todo lo largo de la playa, brilla al sol el oro torno de los costillares de madera recién labrada: son las barcas futuras; y sobre ellos trabajan las manos sin desmayo. Apenas si hay tierra sembrada; el mar les da todo y á él corresponden dándole también lo mejor de sus energías. Lo consideran en gran parte heredad propia, y con bravura de verdaderos piratas —pues la isla parece un inmóvil, inmenso y monstruoso navío— imposibilitados de ir á bordar á otros barcos, esperan á que los vendavales ó la obscuridad los precipiten contra sus arrecifes, y entonces los acogen fieramente.

El concepto de la guerra, como á tantos otros de no tan inferior alcurnia, no les ha penetrado por la inteligencia ni por el corazón, sino por el estómago. La hecatombe les trajo la prosperidad. Los buques de navegación de altura buscaban antes la recta entre los cabos más salientes, y apenas si los entreveían allá lejos en los días muy diáfanos; mas ahora no; ahora van muy cerca de la costa, siguiendo todas sus sinuosidades, temerosos de los submarinos; y en esos aumentados viajes en que se consume parte del carbón que debía calentar á las generaciones venideras, algunos de los navíos, al dar la vuelta para ceñir el saliente de la costa, quedan dulcemente prendidos en el regalo hecho por las divinidades á los piratas de la isla: en una losa muy extensa, casi invisible entre dos aguas. Y, sea de día ó de noche, apenas el barco embarranca, se desprenden de la isla numerosos faluchos que rodean al cautivo, reciben y se apropián la carga su pretexto de aligerarlo, aprovechan su desamparo para forzarle á convenios leoninos, los aturden con gritos, los intimidan con navajas, los derrotan al fin en una lucha de amenazas y sagacidades... Por poco tiempo que dure la varadura, los buques dejan algo entre sus garras; y si trabajadores de otros puertos vienen contratados para ayudar en la faena, entonces los piratas de la isla juzgan su propiedad allanada, y la defienden de tal modo, que más de una vez los pacíficos invasores optaron dar

por perdido el viaje. Y mientras los isleños trabajan y acarrean activísimamente hacia «su isla» lo que les ha deparado «su mar», los oficiales extranjeros, sobre los escorados puentes, gestican, se desesperan y dicen cosas que ellos ni siquiera tratan de comprender.

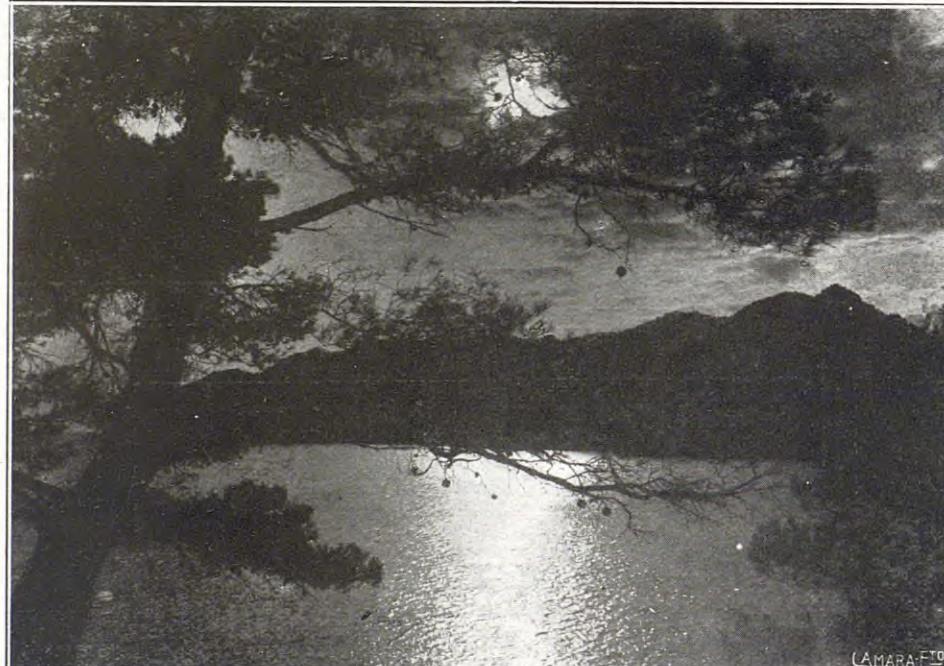
En todas las casas de la isla hallaréis restos heterogéneos de esos seminafragios: bitácoras, compases, brújulas, cronómetros, telégrafos de banderas, misteriosos objetos á los cuales atribuyen, su ambición y su ignorancia, un valor químico. De tal modo creen realizar un derecho al apoderarse de cuanto cae cerca de sus costas, que lo exhiben complacidamente; y uno de ellos ha llegado á abrir un «bar», poniéndole por delicado homenaje, sin sombra de ironía, el nombre del buque de donde extrajo el café y las botellas de licores que se alinean en los anaquelos. Cuando pasan muchos días sin que ningún buque venga á empotrarse en la losa, se malhumoran y, para consolarse, se dicen con pintoresca ingenuidad: «La Virgen querrá traernos pronto uno, ya veréis». Y quién sabe si, bajo las naves encaladas de la iglesia, se eleven á diario plegarias pidiéndolo, y si las llamas de las lámparas de aceite serán expresión siempre viva de ese anhelo terrible. La Virgen, con sus siete puñales, los mira desde el retablo, sin intervenir en sus concupiscencias. Ella atiende sólo á su divino dolor, como ellos atienden sólo á su ambición humana; pero como de vez en cuando embarranca algún buque, los isleños están seguros de la protección de su Patrona.

Se ha hablado de volar la losa; los isleños ponen cara muy seria, y una chispa incrédula fulge en sus pupilas; se ha hablado de poner una boyta lumínica; á esta idea se contentan con sonreír, y es la de ellos esa sonrisa llena de baba, de reticencias, de prudente amenaza, que suele traducir en los rústicos el máximo de inteligencia y de voluntad... ¿Sería tan fácil mantener, noche tras noche, encendida una luz tan perjudicial para doscientos pobres isleños? —dicen—. Como los antiguos naufragadores de las costas normandas, se sienten capaces, no ya de apagar una luz, sino de encender falsas hogueras para extraviar y atraer á los navegantes.

Y si, «contra todo derecho», se llegase á poner un barreno á su losa providencial, entonces también ellos— sugieren sus gestos de cólera—sabrían servirse de la dinamita... á no ser que, si les daba por la paciencia, decidieran aprovechar sus dotes de buzos nativos para ir á colocar entre todos un nuevo arrecife que, sin duda, superaría en eficacia al de ahora, ya que hasta los hombres más torpes, cuando se emplean en fabricar elementos de destrucción, consiguen aventajar á la Naturaleza.

A. HERNÁNDEZ CATA

CANCIONES DE UN VIEJO AMOR



LAMARA-FOTO

Florecen las acacias
y el áureo limonero de su puerta;
es como un incensario
primaveral, el marco de rosas de su reja.

En el azul idilio de la tarde
cantan los niños sus canciones viejas.
Ella aparece con sus ojos claros
y con sus rubias trenzas.

¿Qué sientes, corazón? ¡Hay en tu fondo
como un divino resplandor de estrellas!

¡Oh, su voz, su fragancia y el milagro
de oro y marfil de su gentil cabezal!
¿Será verdad que vuelve
á perfumar mi alma la novia Primavera?

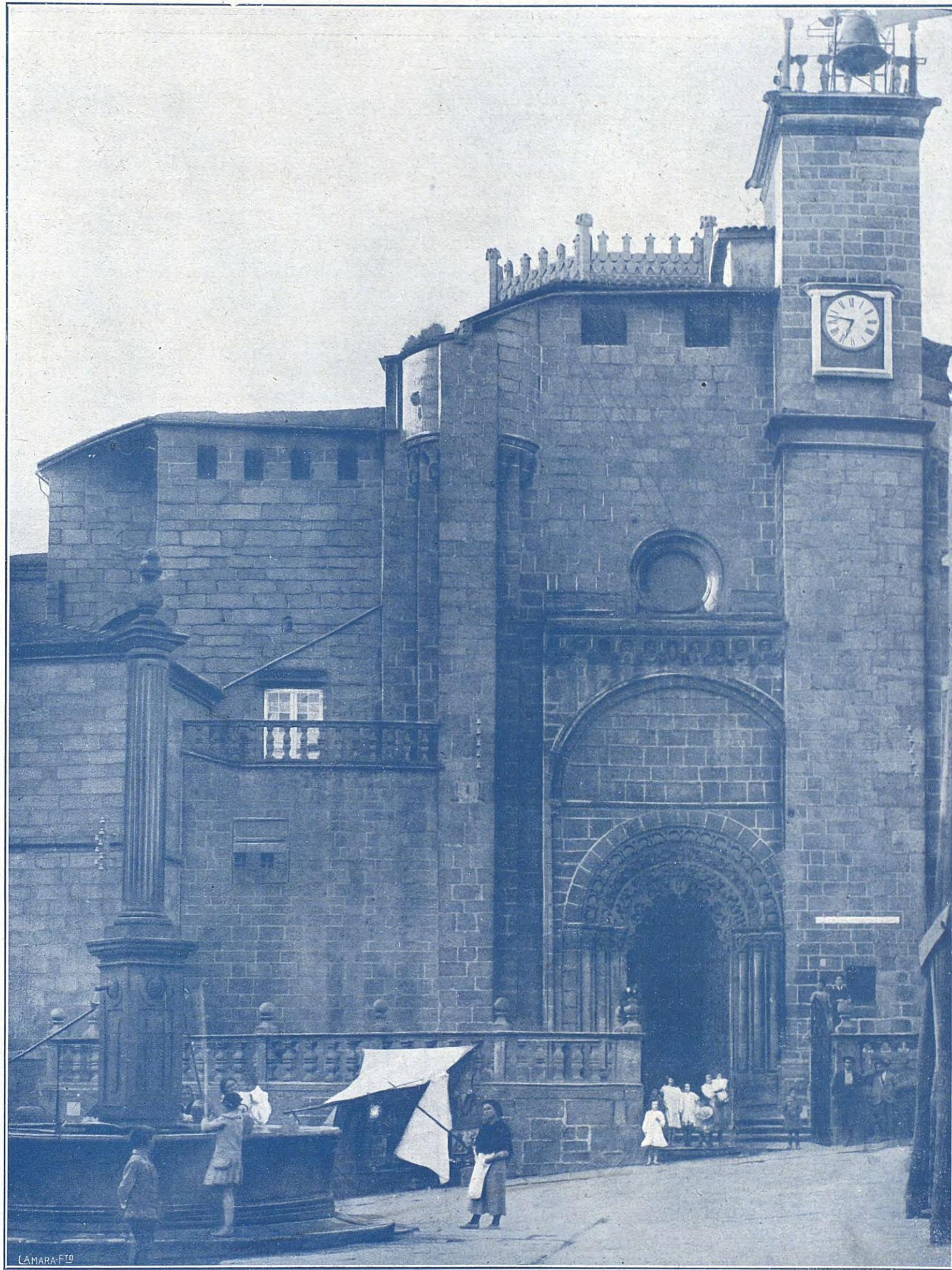
Se hace la noche, el viento
parece que se burla en la arboleda
y la luna resbala
sobre mi calva trágica y grotesca.

E. CARRÉRE

FOT. SANCHO

LA ESFERA

ESPAÑA MONUMENTAL



CÁMARA-FOTO

Portada de la iglesia de Santa María la Mayor, de Orense, una de las más antiguas de España

FOT. SALAZAR

DE LA VIDA QUE PASA

LA ISLA DE LOS PIRATAS

Al disponerme á fijar la impresión recibida en mi visita á la isla de ***, se me aparece clara la utilidad de aquella fórmula cervantina que, al dejar en lo obscuro la patria del héroe manchego, legó á muchos eruditos finalidad vital, sin la cual también ellos estarían en la sombra. No quiero ni puedo acordarme del nombre de esta isla; pero aseguro que no pertenece á la geografía ilusoria de los poetas, que podría citar los grados de longitud y latitud donde se halla, que está separada del continente por tres millas de mar muy azul, circuifa de rocas, y que tiene, en sus mil quinientos metros de extensión, una iglesia con tablas antiguas, una calle, un pétreo murlón destinado antaño á defensorial contra los embates del agua y de los hombres, y una puerta que separa el recinto urbano del resto de la isla, á cuyo extremo opuesto se alza el faro cual si quisiera marcar bien su soledad para la labor humanitaria de guiar á los nautas y desentenderse de cuantos desafueros ocurren en el pueblecillo.

¿Cuántos viven en ese islote? Serán doscientos, acaso algunos más. Y al decir viven, doy á la palabra su valor máximo. Bajo esa tierra, cuyo pizarroso color revela gran riqueza de minerales, no reposan desde hace mucho humanos restos. Los muertos van al camposanto dc' más populoso pueblo situado en la costa frontera; y los llevan sobre las barcazas de anchas velas triangulares inclinadas hacia la proa, en un viaje que evoca las alegorías primitivas del paso de la laguna Estigia... A veces ese pedazo de mar se

enrespa y los aísla, durante varios días, del resto del mundo... A ellos nada parece importarles, ni se desmedran por tales accidentes.

Si antes sólo pesaban peces, ahora pesan cien objetos valiosos, no sólo sobre las olas, sino en fondos profundos, dando muestras de resistencia pulmonar y destreza de nadadores insuperables... y cuando escasean las vituallas se alimentan un poco de codicia. ¡Ahora sí que está bueno el mar! No es posible hallar ningún operario que se emplee en reedificar alguna casa medio derruida, en reparar la gran puerta de la ciudadela, de la cual pendan, rememorando aventuras, osamentas de peces gigantescos; en cambio, á todo lo largo de la playa, brilla al sol el oro tierno de los costillares de madera recién labrada: son las barcas futuras; y sobre ellos trabajan las manos sin desmayo. Apenas si hay tierra sembrada; el mar les da todo y á él corresponden dándole también lo mejor de sus energías. Lo consideran en gran parte heredad propia, y con bravura de verdaderos piratas — pues la isla parece un inmóvil, inmenso y monstruoso navío — imposibilitados de ir á bordar á otros barcos, esperan á que los vendavales ó la obscuridad los preci-

pitén contra sus arrecifes, y entonces los acometen fieramente.

El concepto de la guerra, como á tantos otros de no tan inferior alcurnia, no les ha penetrado por la inteligencia ni por el corazón, sino por el estómago. La hecatombe les trajo la prosperidad. Los buques de navegación de altura buscaban antes la recta entre los cabos más salientes, y apenas si los entreveían allá lejos en los días muy diáfanos; mas ahora no; ahora van muy cerca de la costa, siguiendo todas sus sinuosidades, temerosos de los submarinos; y en esos aumentados viajes en que se consume parte del carbón que debía calentar á las generaciones venideras, algunos de los navíos, al dar la vuelta para cenir el saliente de la costa, quedan dulcemente prendidos en el regalo hecho por las divinidades á los piratas de la isla: en una losa muy extensa, casi invisible entre los aguas. Y, sea de día ó de noche, apenas el barco embarranca, se desprenden de la isla numerosos faluchos que rodean al cautivo, reciben y se apropián la carga so pretexto de aligerarlo, aprovechan su desamparo para forzarle á convenios leoninos, los aturden con gritos, los intimidan con navajas, los derrotan al fin en una lucha de amenazas y sagacidades... Por poco tiempo que dure la varadura, los buques dejan algo entre sus garras; y si trabajadores de otros puertos vienen contratados para ayudar en la faena, entonces los piratas de la isla juzgan su propiedad allanada, y la defienden de tal modo, que más de una vez los pacíficos invasores optaron dar

por perdido el viaje. Y mientras los isleños trabajan y acarrean activísimamente hacia «su isla» lo que les ha deparado «su mar», los oficiales extranjeros, sobre los escorados puentes, gestulan, se desesperan y dicen cosas que ellos ni siquiera tratan de comprender.

En todas las casas de la isla hallaréis restos heterogéneos de esos seminaufragios: bitácoras, compases, brújulas, cronómetros, telégrafos de banderas, misteriosos objetos á los cuales atriebuyen, su ambición y su ignorancia, un valor químico. De tal modo creen realizar un derecho al apoderarse de cuanto cae cerca de sus costas, que lo exhiben complacidamente; y uno de ellos ha llegado á abrir un «bar», poniéndole por delicado homenaje, sin sombra de ironía, el nombre del buque de donde extrajo el café y las botellas de licores que se alinean en los anaques. Cuando pasan muchos días sin que ningún buque venga á empotrase en la losa, se malhumoran y, para consolarse, se dicen con pintoresca ingenuidad: «La Virgen querrá traernos pronto uno, ya veréis». Y quién sabe si, bajo las naves encaladas de la iglesia, se eleven á diario plegarias pidiéndolo, y si las llamas de las lámparas de aceite serán expresión siempre viva de ese anhelo terrible. La Virgen, con sus siete puñales, los mira desde el retablo, sin intervenir en sus concupiscencias. Ella atiende sólo á su divino dolor, como ellos atienden sólo á su ambición humana; pero como de vez en cuando embarranca algún buque, los isleños están seguros de la protección de su Patrona.

Se ha hablado de volar la losa; los isleños ponen cara muy seria, y una chispa incrédula fulge en sus pupilas; se ha hablado de poner una boyá lumínica; á esta idea se contentan con sonreír, y es la de ellos esa sonrisa llena de baba, de reticencias, de prudente amenaza, que suele traducir en los rústicos el máximo de inteligencia y de voluntad... ¿Sería tan fácil mantener, noche tras noche, encendida una luz tan perjudicial para doscientos pobres isleños? — dicen —. Como los antiguos naufragadores de las costas normandas, se sienten capaces, no ya de apagar una luz, sino de encender falsas hogueras para extraviar y atraer á los navegantes.

Y si, «contra todo derecho», se llegase á poner un barreno á su losa providencial, entonces también ellos — sugieren sus gestos de cólera — sabrían servirse de la dinamita... á no ser que, si les daba por la paciencia, decidieran aprovechar sus dotes de buzos nativos para ir á colocar entre todos un nuevo arrecife que, sin duda, superaría en eficacia al de ahora, ya que hasta los hombres más torpes, cuando se emplean en fabricar elementos de destrucción, consiguen aventajar á la Naturaleza.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

CANCIONES DE UN VIEJO AMOR



CÁMARA-FOTO

Florecen las acacias
y el áureo limonero de su puerta;
es como un incensario
primaveral, el marco de rosas de su reja.

En el azul idilio de la tarde
cantan los niños sus canciones viejas.
Ella aparece con sus ojos claros
y con sus rubias trenzas.

¿Qué sientes, corazón? ¡Hay en tu fondo
como un divino resplandor de estrellas!

¡Oh, su voz, su fragancia y el milagro
de oro y marfil de su gentil cabezal
¿Será verdad que vuelve
á perfumar mi alma la novia Primavera?

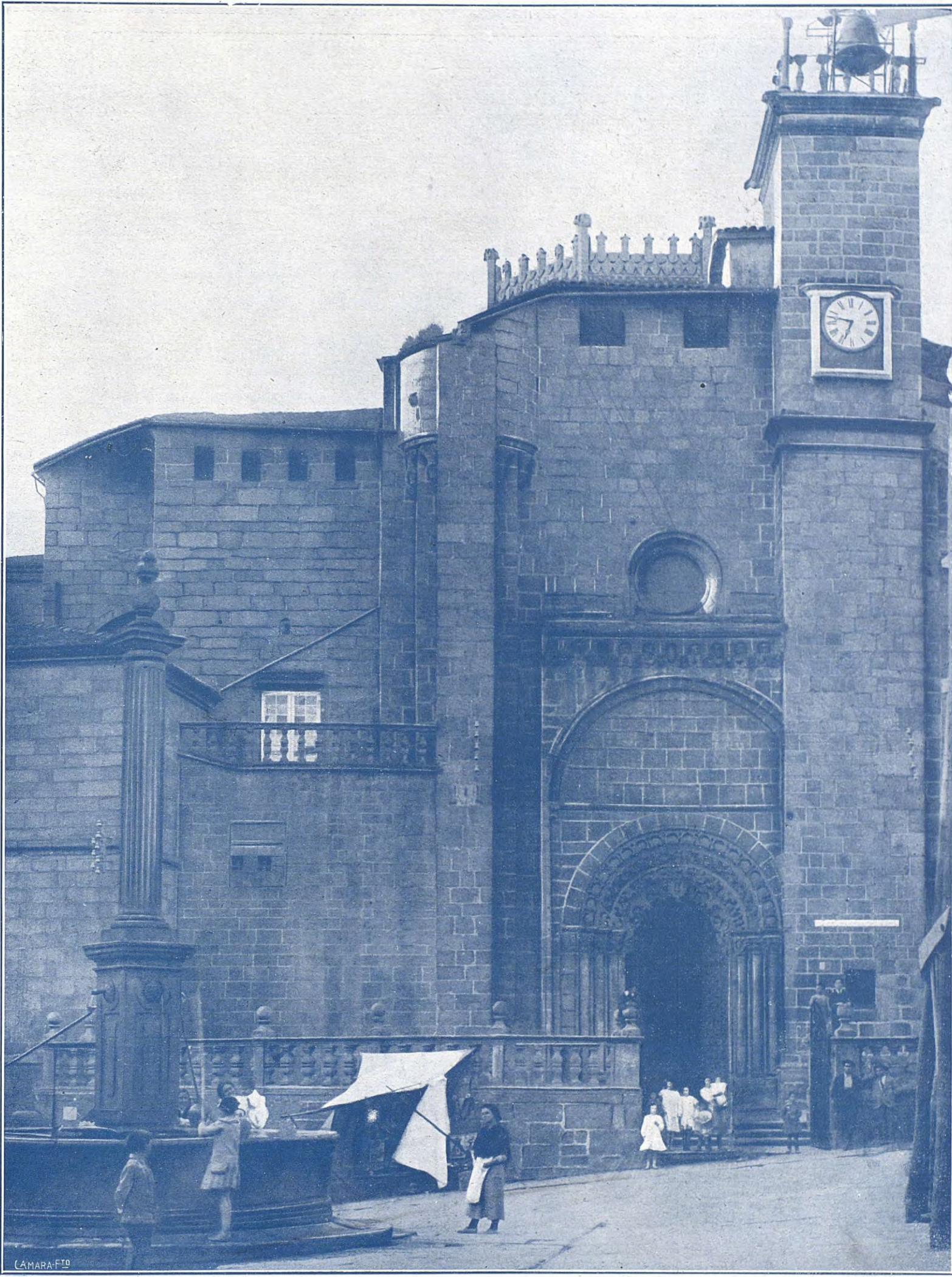
Se hace la noche, el viento
parece que se burla en la arboleda
y la luna resbala
sobre mi calva trágica y grotesca.

FOT. SANCHO

E. CARRÉRE

LA ESFERA

ESPAÑA MONUMENTAL



CÁMARA-FOTO

Portada de la iglesia de Santa María la Mayor, de Orense, una de las más antiguas de España
FOT. SALAZAR



ARTISTAS ESPAÑOLES EN PARÍS

LAS ÚLTIMAS OBRAS DE BELTRÁN



"Retrato de Mlle. Simone Bastat", por Federico Beltrán Massés

CONCRETA y define de perdurable manera el bello retrato de Mlle. Simone Bastat la significación pictórica de Federico Beltrán. Es creado después de tres años de París; pero de íntima convivencia con los principios de su credo estético, refugiado para la intensa labor en una villa quieta y propicia de la silenciosa rue La Tour en el *faubourg* apartado del centro.

Subsisten, claro es, todos los motivos anteriores; permanecen sugestivas las precedentes rutas del sentimiento, y ese manantial fecundo de la sensualidad apasionada sigue sin agotarse.

Así, este cuadro que concreta y define no viene á rectificar nada. Culmina la tendencia bien arraigada, consubstancial del temperamento del artista. Y sobre el ímpetu bravo de nuestra raza, fusión de tantas razas, pone la sonrisa—hoy melancólica—de París.

Hallamos, efectivamente, gamas, ideologías y euritmias ya conocidas. He aquí el extático rostro del gitano que mira las estrellas como á mujeres desnudas. He aquí la maja de ojos diabólicos y labios de fruto maduro; el torero que pulsa la guitarra en trémolos roncos de deseo y penumbras misteriosas; he aquí las lejanías paganizadas de siluetas que pasan envueltas de luna junto á edificios



Autorretrato de Federico Beltrán Massés

de líneas helénicas, y entre blancos caballos que galopan como en una clásica metopa. He aquí también el mar azul de las leyendas, triangulado de blancos desgarrones por latinas velas; las ramas copiosas doblándose al agobio de áureas pomas, y tentadoras como senos femeninos. Y todo ello envuelto en esa luz nocturna, de unas noches que sólo combinarán el cielo estrellado sobre espectáculos dichosos y fiestas placenteras.

Y aun queda otra figura conocida. Es la maja de los cuadros de ayer; pero está cubierta de sombra y de tristeza. No la mantilla blanca ni el traje de rutilancias audaces, ni la endiablada sonrisa de calenturientos carmínes. Le cae de la cabeza al cuerpo, desmayadamente, una blonda negra. Le niebla el rostro la melancolía, y tiende con sus manos, amigas antes de los crótalos moñudos de colores, de las velas rizadas, los claveles púrpura, un cofrecillo de joyas á ma-demoiselle Simone Bastat.

¿No dice, acaso, esta maja—*La maja de luto* se titula otro cuadro reciente del artista—la ofrenda de Beltrán á Francia?

Simbólicamente, esta figura de mujer dolorida y morena, que rinde tributo á la serena y rubia, eje luminoso del cuadro, es un homenaje estético.

Y en el centro, la mujer parisén, más

allá de todas las hecatombes, por encima de todas las catástrofes, contempla el mundo bajo el casco claro de sus cabellos y en la actitud de aguardar otra vez la hora del amor, y la mirada penetrante de sus pupilas obscuras rubrica la augusta calma del rostro.

Simultáneas de esta obra, que nos parece una de las mejores de Federico Beltrán, ha ido el gran artista español realizando otras, ligadas á las anteriores por el nexo común de la venusidad intelectiva y de la exaltación cromática.

La hipocresía española, esta baja concupiscencia que gangrena la carne y la imaginación de los españoles, no consienten reproducir en *LA ESFERA* los más característicos lienzos de Federico Beltrán. El español, corroído de tantos vicios inconfesables, finge asustarse del desnudo femenino cuando lo ve noblemente interpretado como un reto de virilidad casta, y fuerte frente á la abyección sensual donde él hoza y gusanea. En esto, como en tantas cosas, España nos ruboriza á unos cuantos hijos suyos, y somete á otros cuantos.

Federico Beltrán no es de los sometidos. Tal vez sea el único de nuestros pintores que dé al desnudo femenino toda la importancia otorgada en el arte universal.

La mujer es la obsesión ideológica y pictórica de todos sus cuadros. La exalta, la reverencia, la dota de magnificencia y la acuna con exquisitos idealismos.

La sensibilidad refinadísima, sutil de este admirable pintor, vibra frente á la mujer en apasionados estremecimientos. Así, toda su obra nos deja en las pupilas y en los sentidos un deslumbramiento y una languidez deliciosos.

Y—conviene repetirlo—en esta impresión permanente de la obra de Federico Beltrán no interviene para nada un materialismo plebeyo, ni un naturalismo procáz. Va más allá de las tor-

pés complacencias, desprecia los erotismos fáciles, las voluptuosidades de los espíritus mercenarios. En cambio, ese hálito de idealismo que informa las artes y las letras orientales, inflama su pintura, sin despojarla por eso de la profunda raigambre española. Porque, á veces, el pose acodido de nuestra raza sube á melancolizar las mujeres desnudas sobre fondos de viejas ciudades castellanas, ó las mujeres con mantillas blancas, faldas pomposas y ojos abismales...

A este género de cuadros, ungidos de sensual romanticismo, pertenecen *Canción gitana* y *La noche ducal*. A la serie de modernas y ultracivilizadas paganías, *Las damas del mar* y *La danza de la abeja*, que coloca en un fondo exuberante y políctono de flores una ingravida silue-

ta de mujer, cuyos brazos y piernas parecen cuatro cisnes enamorados del torso palpitante y níbil.

Ya más preconcebida mente resurge el mito en otros dos cuadros: *Leda* y *La hija de Leda*, en la fusión de nieves y rosas. Y, nuevamente, en *La maja de luto*, en *Nuestra Señora de la Mantilla*, en *Como el juicio de París*, *La suplica* y *Musa hispana*, resurgen los momentos españólistas, galantes y agitados de *Elogio de la mantilla*, *El mantón rosa*, *Noche azul*, *La noche galante*, *Ibérica*, *Granada* y *Hacia las estrellas*, que admiramos en la exposición del Palace Hotel hace dos años.

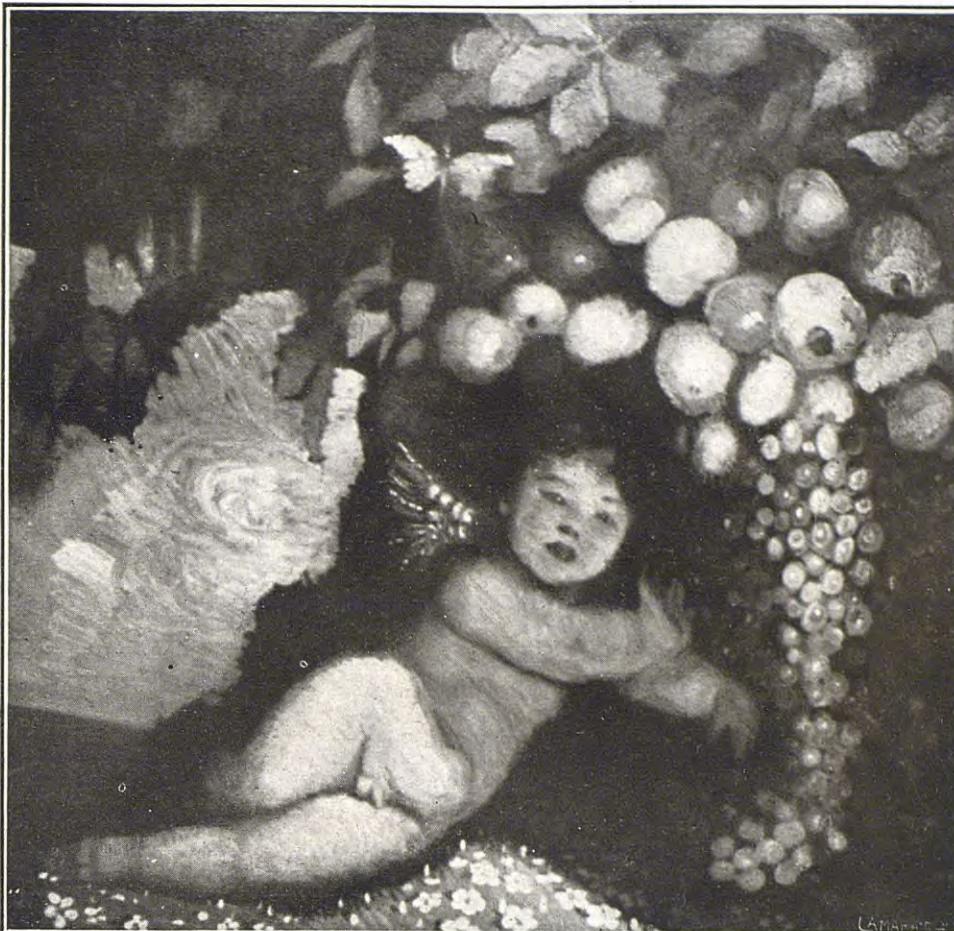
Por último, la fantasía pródiga, la embriaguez colorista del joven maestro crean nuevos y deliciosos caprichos pictóricos, titulados: *Guignol*, *La boda*, *Pomona*, *La bella*, *Flor de vida*, *El príncipe blanco*, *Noche blanca*, *Otra Bere nice*.

Danzan mujeres empeñadas de plumas y con faldas pomposas; danzan también los colores con ritmos tranquilos ó dionisiádicamente enloquecidos. Surgen las líneas puras de una mujer desnuda, y piafan caballos blancos en jardines encantados de Klingsor ó de Armida. Y

siempre con esa distinción, con ese aristocrático buen gusto, con esa magnificencia cromática de Federico Beltrán, que quiero elogiar con unas palabras de Camille Mauclair, dedicadas á Adolfo Monticelli, con quien tantos puntos de contacto tiene el ilustre pintor español:

«La femme, en ces œuvres, apparaît désirable mais chaste; belle mais lyrique; c'est un oiseau, une créature de grace fluide, aux gestes enfantins et ravis; c'est avant tout un prétexte à tonalités chantantes et charmeresses, une fleur de luxe et de cérémonial. On ne peut rien imaginer de plus élégant... c'est bien à un prodigieux effort, à l'hallucination d'un génie fantaisiste et charmant qu'il est du.»

SILVIO LAGO



"El amor á la sombra"



"Como el juicio de París"



"La maja de luto"

LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



LAMARAFIO

RETRATO DEL GENERAL URRUTIA, cuadro de Francisco de Goya,
que se conserva en el Museo del Prado

ESPAÑA MONUMENTAL

EL COLEGIO DEL SALVADOR, DE CÓRDOBA

O FRECEMOS hoy al lector, en esta página, una interesante información de la iglesia y Colegio de San Salvador, de Córdoba, que constituye una de las más notables edificaciones de la bella capital andaluza, y que, con la catedral y la mezquita, forma un tríptico maravilloso y de incalculable valor artístico.

Ciertamente que la construcción á que nos referimos, pese á sus méritos excepcionales, no logra igualar á los de la soberbia mezquita, asombro del mundo, ni á los de la catedral, que, en punto á edificaciones de carácter religioso, está considerada como uno de los ejemplares más notables que existen en España; pero, sin embargo, es indudable que el valor artístico y arqueológico de la iglesia y Colegio de San Salvador, de la antigua ciudad nazarita, son extraordinarios y merecedores de que, siquiera sea sucintamente, los consignemos en estas páginas de *LA ESFERA*, donde vienen figurando las joyas artístico-religiosas más importantes de España.

Construyóse la iglesia y Colegio de San Salvador en los años 1564-1589, y los gastos de la edificación fueron costeados por el deán de la catedral, D. Juan Fernández de Córdoba. Pertenece al gusto romano. La transformación más

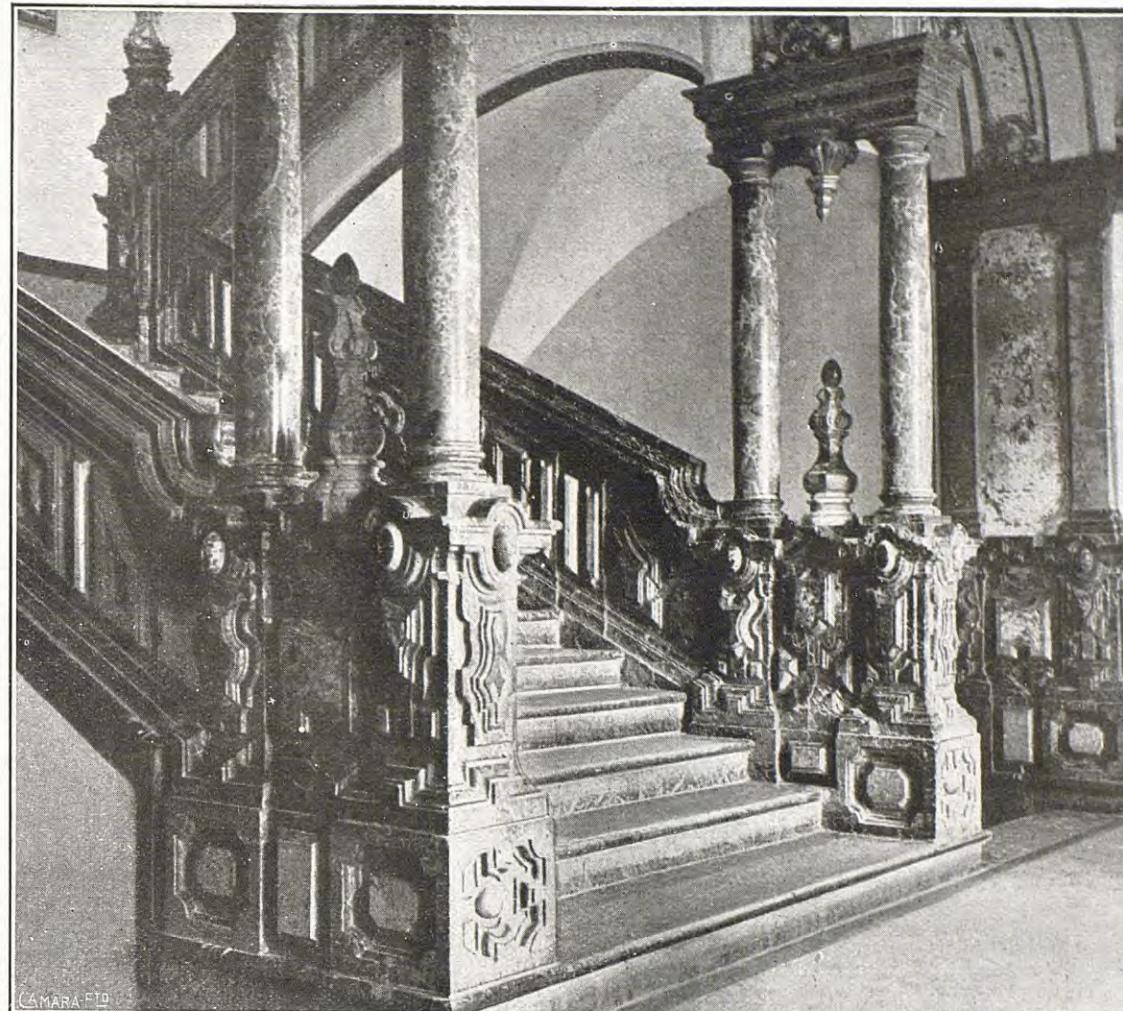
importante introducida en la ornamentación del templo, tuvo lugar en el año 1723, en cuya época se quitó el retablo mayor, pintado por Céspedes, substituyéndolo por el que se conserva actualmente, de estilo churrigueresco.

La escalera, construida á fines del siglo XVII y restaurada en 1840 bajo la dirección facultativa

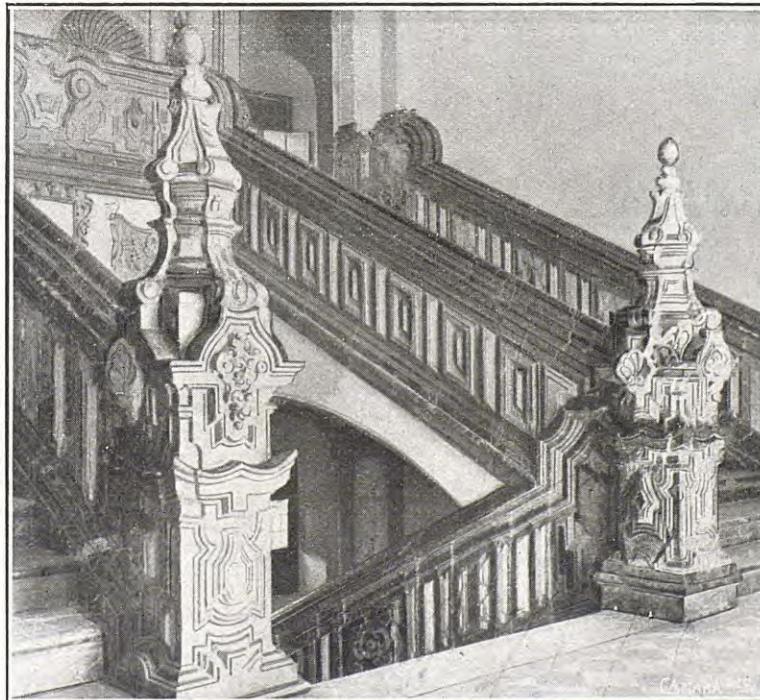
de D. Rafael de Luque, es verdaderamente admirable por su belleza excepcional y por la elegancia de su ornamentación, que, como el retablo, pertenece al gusto churrigueresco. Aun cuando no se sabe con absoluta seguridad quién fué el autor de esta escalera, atribúyese á Teodoro Sánchez Rueda, ya que éste fué quien construyó el retablo del altar mayor.

En la lápida colocada en el frente de la escalera, se hace constar que la restauración de la misma se realiza para conmemorar el primer centenario de la creación de tan benéfica obra (las reales escuelas de la Inmaculada Concepción, para niños y niñas pobres, abiertas el 17 de Agosto de 1741 á expensas del deán, D. Juan Fernández de Córdoba), y también para celebrar la mencionada fecha, se instituyeron las escuelas del Patronato y las cajas escolares de ahorros.

Hemos dedicado esta información preferentemente á la magnífica escafera del Colegio de San Salvador, de Córdoba, porque, con ser el edificio muy notable en su totalidad, lo verdaderamente valioso y admirable, son el retablo churrigueresco existente en el altar mayor, y del que nos ocuparemos con la extensión debida, y la escalera, cuyas fotografías ofrecemos al lector.—A. Q.

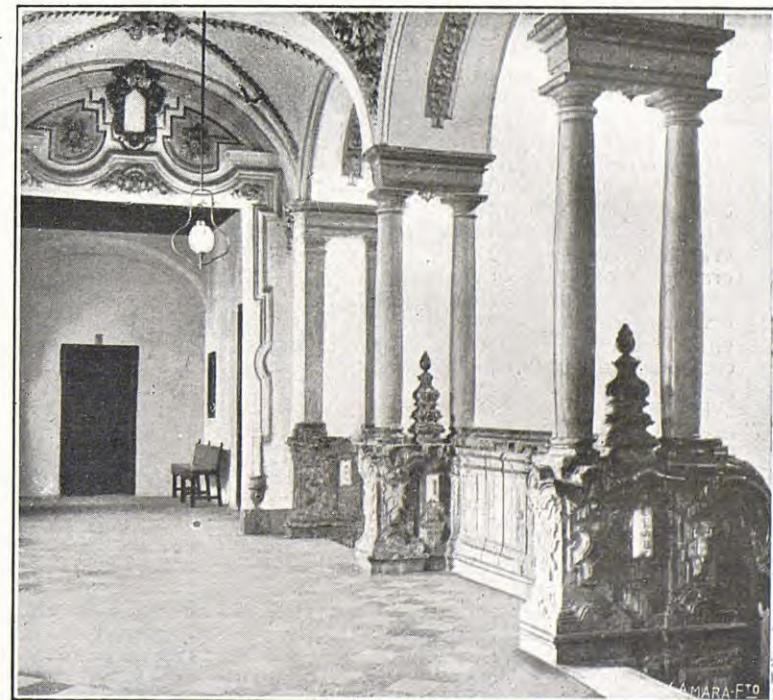


Arranque de la escalera principal, obra de gran mérito artístico, construida en el siglo XVII



Bifurcación de la escalera

FOTS. M. SERVET



Término de la escalera y galería

EL CANTAR DE LOS CANTARES

José Montero, cuyo nombre de poeta está grabado en numerosas páginas de *LA ESFERA*, ha publicado un libro de versos. Se titula *Velmo florido*, y está editado primorosamente. Lleva, á manera de prólogo, inspiradas cuartillas de José Francés, Fernando López Martín, Rogelio Pérez Olivares, Leopoldo López de Saa y Emiliaño Ramírez Angel, y lo han ilustrado los notables dibujantes Alcalá del Olmo, Antequera Azpiri, Ferrer, Xavier Giell, K-Hito, Ricardo

Marín, Ribas, Tito, Varela de Sejas y Verdugo Landi. Los versos de *Velmo florido* son de pura tradición castellana: limpios, tersos, hondos y sentidos, sin alambalmientos ni desmayos. Montero hace un verdadero alarde, por la variedad de motivos, por la riqueza de ritmos, por la intensidad de emociones. He aquí una de las poesías, que trasciende á campo de Castilla, con fragancias de heno y de tomillo, y tiene la sencillez de los poemas campoamorios:

Según cuentan zagalas y vaqueros en humildes majadas patriarciales, era la moza, flor de los oteros, rubia como el color de los trigoles, blanca como el vellón de los corderos. ¡Una bella zagalá sonriente que prestaba color á los rosales, como la lumbre del albor naciente! Zagalas y pastores, selváticos poetas de la tierra, de esta vulgar historia narradores, oyeron el cantar de los amores, la canción del romero de la sierra: un zagal que á la moza enamoraba, y á quien la tosca musa campesina que en los montes vagaba, con el amor inmenso, le inspiraba una mansa tonada matutina. ¡Era un cantor de las auroras bellas que prestaba á su estrofa peregrina rumor de besos y fulgor de estrellas!

Y zagalá y zagal, enamorados, en un solo amor rudo se fundieron, y á este amor abrazados, el uno para el otro destinados, como flores hermanas se quisieron. Juntos cruzan praderas y encinares; juntos huellan floridos tomillares y campos bien olientes, y juntos beben en las puras fuentes que manan de las peñas seculares. Y así, inspirado en el amor sereno de dos almas gemelas, nació el cantar enamorado y bueno, que cruzó las humildes aldehuelas y asaltó las majadas de los viejos pastores patriarciales, para ser comezón de los zagalas y envidia y torcedor de enamoradas.

Sonaba la canción. Su melodía de acordado romance, descendía con dulce arrullo, con serena calma, y en la feliz zagalá se metía para llegarle, sin reparo, al alma. Bajo el recio zamarro del romero tejió el cantar su nido, cerca del corazón alto y fiero que trocaba en quejido su ritmo prisionero, todo amor, todo paz, todo dulzura, como manso balido de cordero con débiles acentos de ternura. Era el cantar cadencia peregrina del agua cristalina que, cruzando barrancos y juncos, audaz y saltarina sobre negros declives y agrias peñas, besaba los macizos roquedales y se abría camino entre las breñas, haciendo hilos de luz de sus cristales. Sonaba como copla enamorada y tenía embriagueces de tomillo; era dulce balada, era tierno quejar de un corderillo. Era el incienso azul de unos altares en que la imagen del Amor dormía, y, como el humo azul de los hogares, con el azul del cielo se fundía...

Este bello cantar, lleno de aromas, sonaba, en las mañanas estivales, como manso aleteo de palomas; y este cantar de notas musicales, enamorado y tierno, se escuchaba en las tardes otoñales y en las tristes veladas del invierno.

Zagalas y pastores, selváticos poetas de la tierra, de esta vulgar historia narradores, escucharon la voz de los amores en la voz del romero de la sierra.

Y la niña enfermó... De sus mejillas las encendidas rosas se secaron.



y los vientos de otoño las trocaron en flores amarillas. La pura luz riente que prestaba color á los rosales, como la lumbre del albor naciente, se veló con los rígidos cendales de un eterno crepúsculo doliente. Y una noche de invierno, mientras sonaba, enamorado y tierno, con nuevas é ignoradas melodías, el cantar del romero de la sierra, se alejó la zagalá de la tierra y se hundió en las eternas lejanías.

• Zagalas y vaqueros cuentan en las majadas patriarciales cómo murió la flor de los oteros, rubia como el color de los trigoles, blanca como el vellón de los corderos. Zagalas y pastores dicen... que dicen que murió de amores.

Y el zagal que á la moza enamoraba, y á quien la tosca musa campesina que en los montes vagaba,

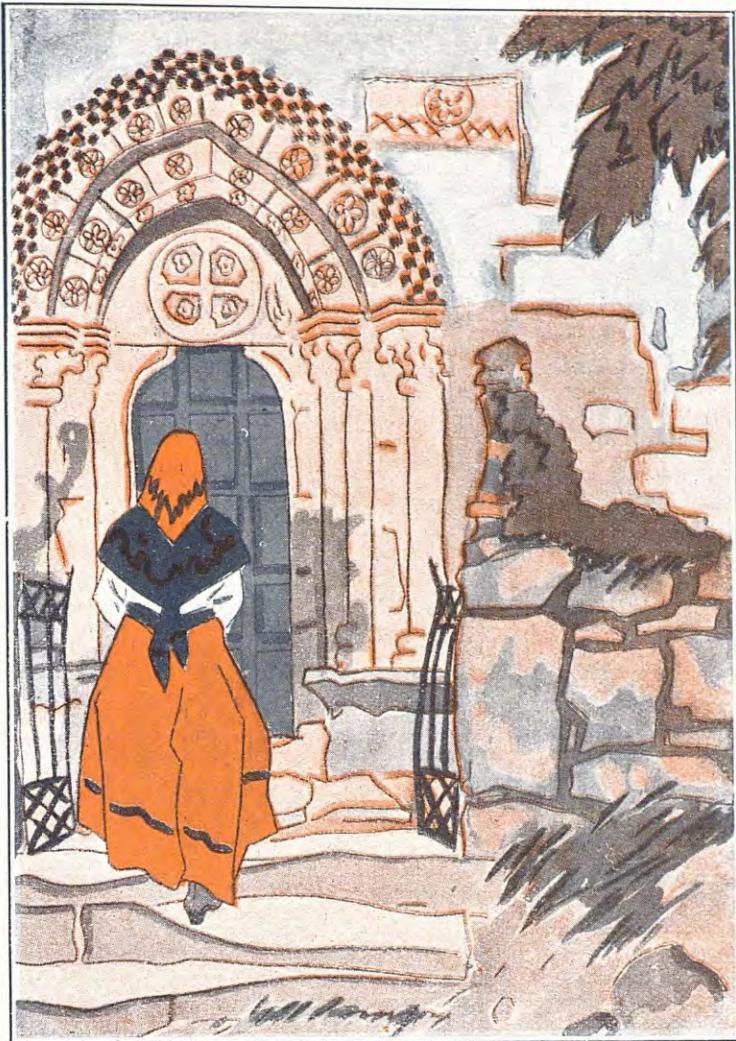
con el amor inmenso, le inspiraba una mansa tonada matutina, preludió su cantar, todo dulzura, entonó su canción, toda armonía, en la que el grito del amor gemía con débiles acentos de amargura.

Fué el cantar del romero arrullo mañanero que, con hondos suspiros tembladores, despedía al amor de los amores en las eternas glorias viajero.

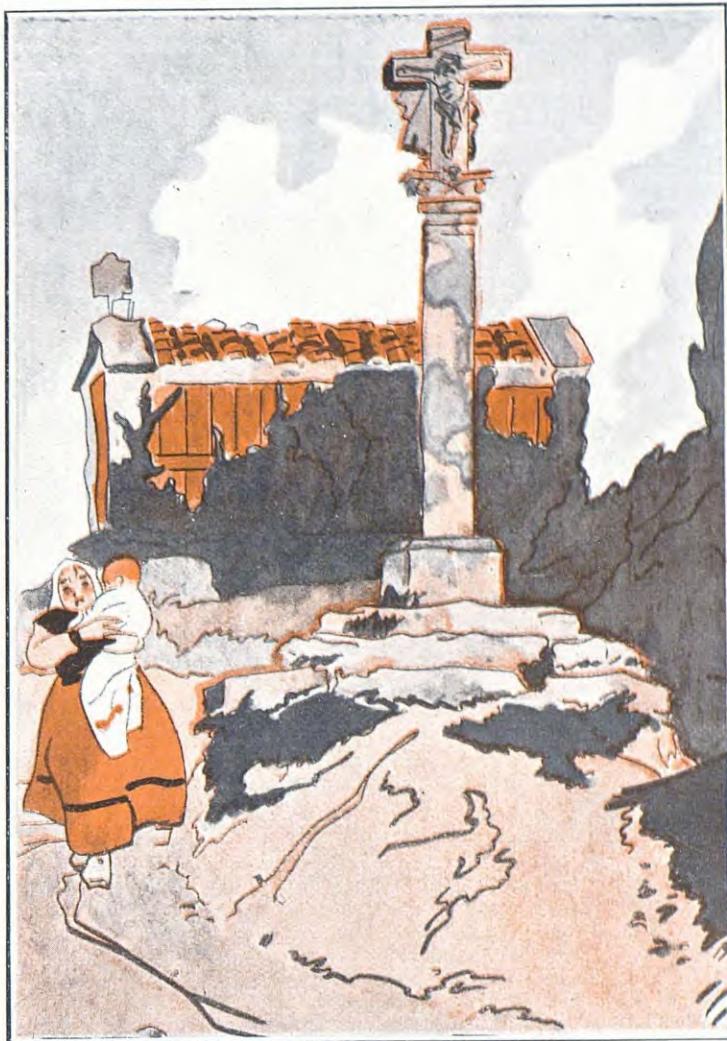
Zagalas y pastores, selváticos poetas de la tierra, de esta vulgar historia narradores, oyeron el cantar de los dolores en la voz del romero de la sierra. Y dicen los selváticos juglares que aquél era el cantar de los cantares.

José MONTERO

DIBUJO DE VARELA DE SEJAS

UN DIBUJANTE GALLEGO
VENTURA REQUEJO

"Misa de alba"



"La cruz de a aldea"

Alos nombres de Castelao y de Sobrino, que comentan en sus dibujos escenas y episodios de la vida rural gallega, ha venido á unirse ahora el de Ventura Requejo, que da á esos comentarios artísticos un sello personal. Requejo se ha formado fuera de España: en Londres, y cuando empezó á colaborar en las revistas españolas tenían sus caricaturas la vaguedad neblinosa de algunos dibujantes londinenses. De entonces conserva esta preferencia técnica de las líneas finas para los contornos y de las aguadas tenues para totalizar las masas, que hacen recordar á Will Owen, á Starr Wood y á Studier. Había olvidado un poco la luz clara, expresiva de nuestro cielo, y todo su arte continuaba bañado en bruma.

Poco á poco, reteniendo de las ajenas influencias aquello que pudiera darle solidez y belleza á su factura, y eliminando lo perjudicial, ha ido el joven artista adquiriendo un estilo propio. Galicia le ha recobrado. Reside en Vigo, en la barriada ubérrima que se adentra por la campiña, con el monte á un lado y la espléndida calma

marina al otro. En la revista *Vida Gallega* ha substituido á Castelao dibujando las portadas típicamente galaicas, de un humorismo sano y zumbón.

Son escenas de *paisanas* que vienen á la ciudad con los pies descalzos y las botas en la cabeza dentro del cesto, de pescadoras que cruzan ágilmente, con los cestos planos y rebosantes de la móvil plata y golpeándolos en la espalda las dos trenzas de su cabello; grupos de hombres que portan en fila las pesadas redes hasta las moteras durante los vésperos; mendigos que salmodian á la sombra de románicos y húmedos ábsides; labriegos que reposan ante sus estrechos hórreos ó sus chatos parrales que sostienen pétreos postes parecidos á dólmenes arcaicos.

He aquí, por ejemplo, tres dibujos bien característicos de la manera de Requejo, y al mismo tiempo muy representativos de la Galicia que, primero Castelao y Sobrino, y ahora él, van mostrando á toda España.

Son un crucero con la silueta de la panera en el fondo, un rincón de playa con sus casas de pescadores y la puerta de una iglesia.—S. L.



"Casas de pescadores"

EN EL LAGO DE GARDA

¡Aquí Moró Cátulo sus lágrimas!...

Se escribía antaño, y las encyclopedias y libros españoles lo repiten á porriollo, que Cátulo, el admirable poeta latino de quien, cuando menos, habéis leído sus versos eróticos, desesperado del desengaño de un amor liviano, se había refugiado á llorar su dolor y á morir en las encantadas riberas del lago de Garda. Como en este final de su vida el poeta andaba bastante mal de fortuna, se suponía que había edificado una pequeña villa en la península de Sirmione, cuya singular belleza cantó Virgilio y cantó luego el Dante. De esta época quedan en aquel lugar ruinas de vastos edificios, de amplios cercados, de conducciones de agua, de grutas artificiales y cavernas destinadas, sin duda, á despensas y otros servicios domésticos de aquella villa, que debió de ser soberbia y grandiosa.

La tradición ha conservado el nombre del poeta unido á estas ruinas y á estas grutas; pero su misma grandiosidad hacía dudar de que le hubieran perfenecido, suponiéndose que fueran de algún palacio de época posterior, edificado sobre las ruinas de la villa del poeta.

Pero un historiador, arqueólogo y paleógrafo italiano, ha puesto en claro todo eso. Fué un abuelo de Cayo Valerio Cátulo, dueño de grandísima fortuna, quien edificó aquella soberbia villa, donde el César se hospedó varias veces. Allí, además, aunque nació en Verona, pasó el poeta su mocedad, y de allí partió á Roma, recomendado á Julio César y á Pompeyo y á los más altos dignatarios y personajes. El poeta gastó rápidamente su fortuna y su juventud en la más desenfrenada orgía que ha gozado hijo de Apolo. De esa época es toda su poesía erótica y

libertina. Por Marcial sabemos que era de arrojante apostura y fértil ingenio, y que en la alta sociedad romana—forzoso es decirlo con una locución modernísima—se lo rifaban las patricias. Parece ser que también las libertas apetecían de su lira. Con Licinio Calvo, orador y poeta, y con Helvio Cinna, el autor del poema épico *Smyrna*, fundó la escuela modernista de la poesía latina, que estaba ya embrujada de retoricismo y afectación. Pero en esto, envejecido prematuramente por los vicios y habiendo dilapidado casi todo el patrimonio de su familia, Cátulo se enamoró. En sus poesías, llenas de sinceridad y naturalidad, está el nombre de la amada: Lesbia. Sin una indiscreción de Apuleyo no sabríamos en qué honda sima había caído la pasión del poeta, porque Lesbia era una de las más vilianas mujeres de la Roma degradada de Julio César. Era Clodia, hermana del tribuno Clodio Pulquiero y mujer de Quinto Metello, al que parece ser que envenenó. El poeta era un juguete en manos de la mujer más viciosa que había en Roma. La venda cayó de sus ojos oyendo un discurso forense de Cicerón. Abandonada Clodia por Celio, uno de sus amantes, le acusó de haber asesinado á Dion, el jefe de la embajada de Tolomeo Auletes, y de haber querido asesinarla á ella misma. Ante el Tribunal, para defender á Celio, hizo Cicerón el retrato moral de la acusadora, con la valentía y el vigor que solía. La pintó recorriendo, de ganea en ganea, los lugares más inmundos de Roma; la describió en trato incestuoso con su hermano Publio, y, en un apóstrofe sublime, la llamó *quadrantaria*, que es una palabrita para pegarse un tiro antes de traducirla...

Cátulo, arrepentido y lleno de dolor, salió de Roma y se refugió en el *Benacus lacus*, en la finca regia edificada por su abuelo, y desde allí se reconcilió con Julio César y con Pompeyo y con otros á quienes había mortificado con sus epigramas.

Cuando ahora recorremos Sirmione evocamos muchos versos del poeta latino. Forma una península que se interna cerca de cuatro kilómetros en el lago llamado hoy de Garda. Enfrente, cerrándolo como un admirable escenario, están las primeras estribaciones de los Alpes. Virgilio nos dice que era este lago tempestuoso y rugiente como el Océano, y, en efecto, el menor viento agita sus ondas. En suave pendiente, bajan hasta el lago numerosas colinas que Cátulo contempló sembradas de viñas y de olivos, y bebió, sin duda, el vino encantador que ahora

lleva el nombre de *Denzano*, apenas conocido fuera de la región veneciana. Sin duda también Cátulo consumió sus doloridas horas entretenido en pescar las truchas de exquisito gusto á salmón, las anguilas, los barbos y las tenas que apetecía Heliogábal, los salmones de enorme tamaño, y las sardinas que en bandadas innumerables aparecen en invierno y en otoño; sardinas que son la maravilla de este lago, único en el mundo por su asombrosa fecundidad.

Cercano á las ruinas de la villa de Cátulo se alza hoy un castillo edificado en la época de la República veneciana. En el pórtico, sobre el león alado de San Marcos, se ha trazado con grandes letras la palabra «MUNICIPIO». Irreverencia sobre irreverencia! El castillo, edificado acaso sobre cimientos de la villa de Cátulo, es de soberbia traza y bellas

proporciones. Mete osado sus torres almenadas dentro de las aguas del lago, como un navío dispuesto á partir. Tiene un patio de soberbia grandezza, y, sin embargo, ni su admiración ni el panorama del lago, festoneado de hotelitos, villas y casas rústicas, nos distrae de una obsesión que se apodera de nosotros.

Como Dante logró ver á Virgilio, quisiéramos que apareciera ante nosotros el poeta que Apuleyo nos describió arrogante y licencioso. Nadie como él podía descifrar cuánto ignoramos de la Roma de Julio César y Pompeyo. Nos contaría la vida de aquella *quadrantaria*, cuyos vicios cantó y de cuyo amor murió frente á aquel lago y á aquellas montañas por donde entraron desbordadas, no mucho después, las hordas vengadoras de Atila y Genserico.

MÍNIMO ESPAÑOL

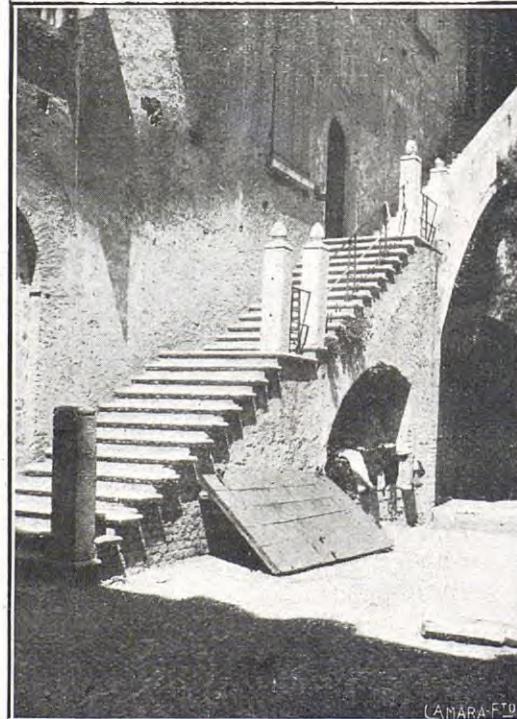
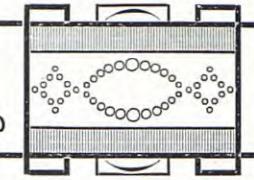
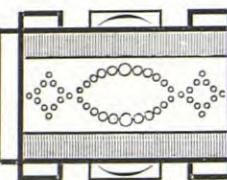


El castillo de Sirmione

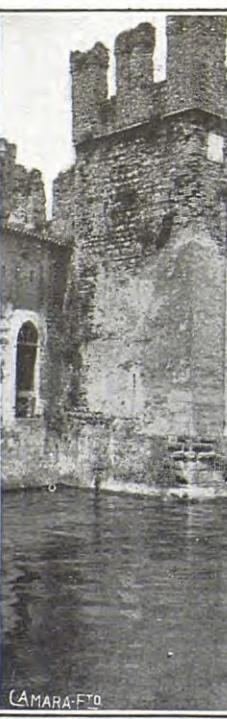
FOTS. HUGELMANN



Una torre del castillo de Sirmione



La escalera del castillo de Sirmione



LA ESFERA
EJERCICIOS ESPIRITUALES Y CORPORALES

Historieta cuaresmal del siglo XVI, por Marín



Primer día.—Honradez en la mirada



Segundo día.—Evitar la ocasión de pecado



Tercer día.—Quien ame el peligro perecerá en él

Marín

CUENTOS DE "LA ESFERA"

LAS SIETE DONCELLAS

TAL las heroínas de un drama de Mæterlinck ó de una novela de d'Annunzio, sus nombres tenían la mística gracia de florido rosario ó de letanía de melodiosas jaculatorias. Eran siete, y se llamaban Rosa, Rosina, Rosario, Rosaura, Roxana, Rosalva y Rosalinda. Y en el gran jardín silencioso sus vidas deslizábanse en un rimar de suaves sensaciones, tan armoniosas, tan bellas y nobles que evocaban el lento salmodiar de los versículos. En la desolación casi geológica del paisaje, casto, árido y fúete; en las tonalidades ocreas, violetas y amarillas, sobre las que se destacaba en lontananza, recordándose en la implacable luminosidad del cielo, la cordillera azul, interrumpida por la violencia de los acantilados, el parque de «Casa Ansúr» poseía el encanto de un oasis. Era un jardín infinitamente señorial; no tenía la elegancia frívola y contrachecha de un Versalles, ni la teatralidad de un Schœnbrum, pero adornabase, en cambio, de ese reposo severo de los viejos parques españoles hechos para ver pasar los pomposos guardainfantes de las ricas hembras y de las princesas de Castilla. Había calles de bojes que se abrían sobre plazoletas rodeadas de cipreses y laberintos que se complicaban en misteriosos camarines de rosas, hasta desembocar en la plazoleta grande; adornada en el centro veíase una fontana, de cuyas aguas, cubiertas de líquenes, surgía góticamente un píñculo. El palacio, de piedra, aplomábbase enorme, de un solo piso, con altas ventanas enrejadas; sobre la puerta, berroqueño escudo, los blasones ennoblecidos por águilas y lobos, cimitarras y torreones, prestábase su prestancia; ante la casa tendíase una pequeña terraza embaldosada de granito y flanqueada por barandales de rotas filigranas de encaje rematados por rampantes alimañas, y en la diafanidad del aire flotaba una sensación casi bíblica de paz.

Las siete hermanas jugaban arreglando las rosas en los jarrones de piedra, y las flores perfumadas, entre la eucaristía de sus dedos, santiificadas por la dolorida belleza de los ex votos, adquirían una gracia mustia de flores de iglesia. Eran siete y tejían guirnaldas de aristocrática fragilidad de Boticellis. Sus gestos, sus ademanes, todo, hasta la prosa de los modernos ata-



vios, tocábanse en ellas con la elegancia un algo marchita de las cosas de raza. Pero lo más noble eran sus sonrisas, sonrisas de vaga sabiduría, sonrisas que fruncían los labios, dejando los ojos tristes e inmóviles fijos en un punto imaginario.

Los ademanes de las siete eran lentos, pausados, de una vieja euritmia de danza palatina, y sus bellezas, que iban desde la albina claridad lúlar de Rosalinda hasta el alabastro sombreado de ébano de Rosario, pasando por el dorado triángulo de las mises en Agosto de Rosa, tenían sin embargo un sello familiar, el sello de esos viejos retratos que duermen siglos en la galería de un palacio noble y que parecen descomponerse con la luz y el aire enrarecido.

Vivían, en el palacio perdido en la llanura, de los restos de una gran fortuna, defendida de contactos exteriores por su orgullo, con esa sere-

na rebeldía de *inerzia* de los que saben que lo merecen todo y no pueden tener nada. Vivían una existencia en que las palabras adquirían un gran valor y los gestos trascendencia extraordinaria. Algunas veces, en el immenso comedor rojo, adornado con lienzos cinegéticos de Pablo de Vos, que se destacaban en la semipenumbra de la estancia alumbrada con velas; en el susurrar de algunos diálogos efímeros, entre la callada melancolía de las sonrisas vagas, Rosa aventuraba una palabra vana ó un gran gesto ó un ruidoso charlar que se iba esfumando hasta hacerse silencio diluido en la sombra de una sonrisa.

Rosa era la única que se sublevaba en nombre de la vida, la única que quería luchar y ser feliz. Y era tal su afán de no petrificarse allí, que en la vieja capital cercana había sabido hacerse amar de un joven señor, Juan Julián Alcañaz, cazador rudo, orgulloso noble provinciano que ostentaba sobre la paña gris del traje de montería la verde cruz de Alcántara. Rosaura, como mística azucena á quien ofendiese la luz del sol, soñaba con ir á la sombra bienhechora del claustro para marchitarse en el altar del Señor. Las demás, desgraciadas, sus pálidas vidas de sonámbulas; y así, mientras Roxana paseaba por el parque seguida de «Halcón», el galgo negro, y de «Azor», el galgo blanco, Rosina leía versos, y Rosalva tejía un tapiz de batallas.

Junto á ellas, tía Aldonza reverberaba aún en la gracia de su crepúsculo de

plata aquella mundana elegancia que la hiciera famosa, realizada por la altivez de quien poseyó mucho y posee poco, pero sabe llevar su descenso con severa dignidad. Doña Aldonza Ansúr de la Alborada había sido muy bella y había triunfado en la feria de vanidades del mundo; pero, perdiendo sus riquezas, entre claudicar ó alejarse, había preferido esto, y ahora, retirada en la residencia familiar con sus sobrinas, abría algunas veces el cofrecillo de sándalo de sus recuerdos e iba evocando el perfume maravilloso de tantas cosas que fueron.

...

Mientras las muchachas arreglaban las rosas, tía Aldonza, vestida de negro, por todo adorno un cuello de hilo que hacía valer la blancura sonrosada de la piel, los ojos azules y cándidos á pesar de las injurias del tiempo, y los cabellos

argentados, leía una revista. Súbitamente lanzó una exclamación:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Íñigo aquí! —Y luego, continuando su lectura:— ¡El admirable poeta, el eximio dramaturgo, el novelista glorioso!... ¡Y pensar que le he conocido cuando era un muñeco, un chiquillo á quien tomábamos en broma!

Con ese amor de los viejos á las cosas de su tiempo, evocó la figura del poeta. Las muchachas escuchaban el cuento maravilloso y veían pasar la silueta llena de audacia y de fanfarronería como una Inés la sombra de Don Juan por entre los barrotes del claustro. Era la vida de Íñigo de Tierra de Fuego una vida arbitraria y magnífica en que, como en la de los fabulosos tiranos, el amor y la muerte se engalanaban con raros joyeles de una suntuosidad de culto solar.

La atención de las nenas estaba cautiva. ¿Cómo era? ¿Guapo? ¿Listo? ¿Simpático? Sus obras, eran realmente tan terrioles... Y contemplaban su retrato, un retrato extraño, obra de un gran artista, en que aparecía, sobre trágico fondo de tormenta en que se alzaba una ciudad convencional, arrebatado en una capa de pieles que no dejaba ver de él sino el rostro muy pálido y una mano de marfil manchada por el glauco reflejo de una esmeralda.

Súbitamente, en la paz solemne de la tarde, sonó la estridencia de una bocina de automóvil, y por la calle central, entre los cipreses y los rosales en flor, avanzó, raudo, un coche, que fué á detenerse ante la escalinata. Saltó el lacayo, de librea blanca con vivos amarillos, de su asiento y corrió á abrir la portezuela. Pero, antes de que tuviese tiempo, habiéase abierto ya, y de la suntuosidad un poco teatral del vehículo, saltó al suelo, juvenil, ágil, airoso, con algo de florentino bajo el cosmopolitismo afectado de su persona, Íñigo de la Tierra de Fuego.

El hielo de los primeros momentos se había roto, y, pasada la sorpresa, una gran cordialidad reinaba entre todos. El escritor, mundano, afable, un poco pueril á veces, había sabido llenar de nostálgica ternura el corazón de tía Aldonza con la evocación del pasado, y, después, cautivando uno á uno los corazones juveniles. Caminaba ahora entre todas ellas por las veredas del jardín. Era alto y delgado, de ademán cansado y elegante que realzaba el traje exageradísimo; sus manos, largas y finas, se manchaban con el reflejo de raras gemas que relucían como voladores insectos en el accionar armonioso; destacándose del rostro, joven aún, un poco devastado por la vida tormentosa que lleva-

ra, brillaban muy bellos los ojos azules, y el pelo, espeso y dorado, daba clásica belleza á la frente, un poco estrecha. Nada de Caligula, ni de Nerón, ni de Heliogábalo; más bien una ambigua elegancia florentina, un escepticismo levemente irónico. Cuando decía todas aquellas cosas tan bellas, tan altamente teatrales, había en su rostro una rara luz de burla que no se sabía si estaba en las pupilas claras ó en los labios finos y pálidos (el inferior un poco desprendido) que ondulaban.

El grupo avanzaba por los caminitos del jardín. Algunas veces Rosaura cogía una flor ó Roxana arrojaba una piedra para ver correr á «Halcón» y «Azor», ó Rosina iniciaba un vuelo tras el vuelo de una mariposa.

Íñigo de Tierra de Fuego decía cosas maravillosas, cosas llenas de artificio que en un salón hubiesen sonado á falsas y afectadas, pero que allí tenían un raro valor casi litúrgico. Con su voz cálida y acariciadora exaltaba la piedad de Rosaura, que soñaba con el divino *Esposo*; ponía una ternura burlesca de viejo filósofo en el humano amor de Rosa; era noble, como un caballe-

ro cazador y enamorado, con Roxana; hallaba estrofas inéditas para Rosina, y añadía hilos de oro al tapiz heroico de Rosalva. Y hasta junto á doña Aldonza hallaba evocaciones cándidamente galantes que la ruborizaban y la hacían teliz.

Súbitamente se detuvo y formuló una pregunta audaz:

—Vamos á ver: ¿saben ustedes lo que es el amor?

ooo

El crepúsculo envolvía en un velo de oro todas las cosas. Entretanto, en la desolación de la llanura, la tarde moría con una serena muerte de asceta que se extingue como una lámpara votiva en el amor de Dios; en el jardín, las sombras jugaban con las espesuras, y mientras la luz hacia de esmalte las flores, en las frondas apenas si se adivinaban extrañas orfebrerías de amatistas plata y azabaches. Muy alta, en el cielo pálido, se adivinaba la luna, y por el arco de cobre del horizonte se había hundido el sol.

El auto trepidaba ante la puerta, é Íñigo de Tierra de Fuego se disponía á partir hacia su vida de artificio.

En el alma exaltada del poeta había una gran melancolía, esa melancolía de las personas que arrastra la turbulenta corriente del vivir al hallarse con un remanso de paz. Era eso que podríamos llamar la voluptuosidad de la melancolía.

Ellas también estaban tristes. Era como una divina teoría de doncellas llevando sus ofrendas al poeta. Una sostenía una brazada de rosas blancas, otra hojas de acanto y roble, otra le tendía las manos con una pareja de palomas.

—¡Adiós! ¡Adiós!

Partía el coche, y aún vióse la mano del poeta agitarse en una despedida romántica.

Tía Aldonza se enjugó una lágrima, mientras suspiraba:

—¡Qué vida, Señor, qué vida!

Sonó el primer toque para la cena en una campana. La figura ruda de Juan Julián apareció por un sendero, seguido de «Camueso», el perro perdiguero. Lenta, un poco vendida por primera vez, Rosa fué á su encuentro. Roxana volvió á su tapiz con un suspiro y soñó con acabar aquel paje que llevaba un neblí en la mano y que tenía el rostro del poeta; Rosina hundió su atención en un libro y murmuró:

Decidme si es algo que el alma envenena, ó tan sólo un deleite á que se une el pudor.

Y Rosaura, en fin, sepultándose en la fresca sombra de la capilla, cayó de rodillas y rompió en sollozos.

Antonio DE HOYOS Y VINENT
DIBUJOS DE ZAMORA



LOS PERMISIONARIOS INGLESES



CÁMARA-FOTO

Soldados y marinos ingleses, permisionarios del frente, alojándose en uno de los Clubs más aristocráticos de Londres, que les ha sido ofrecido patrióticamente por sus socios durante la guerra

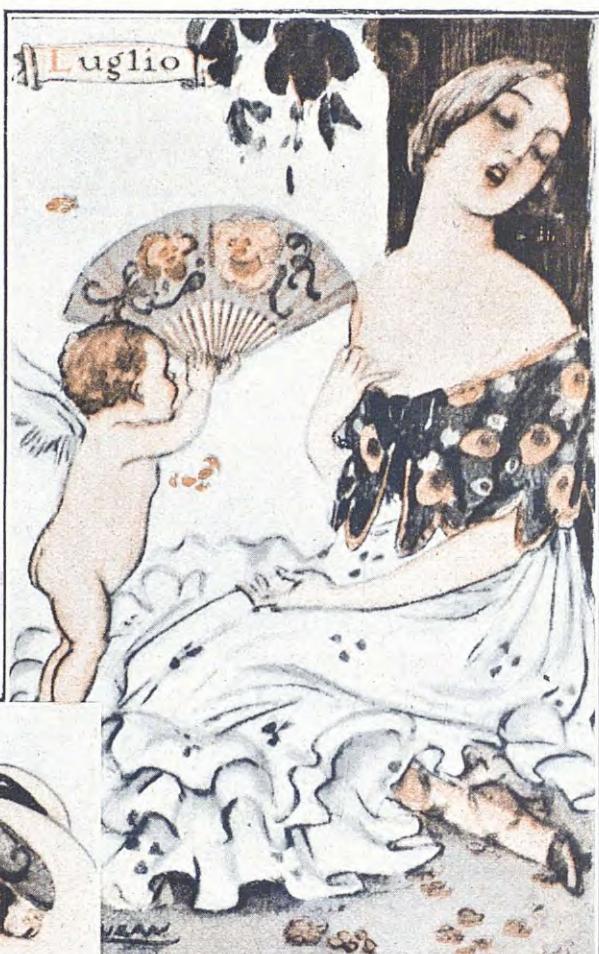
Dibujo de Matania

LA ESFERA

Los pintores de las mujeres



LA OBRA
DE
MAUZAN



Así como las mujeres de Kirchner aparecían, sobre todo la de la estampa, rara vez acompañadas, las mujeres de Mauzan se presentan rara vez solas... Las acompaña el Amor, que es un verdadero "baby", mofletudo, ingenuo y feo...

DESPUÉS de leer la última página del libro de Barbusse, *El Fuego*, Anatole France exclamó:

—Enfin, voilà l'œuvre d'un homme!...

Si el autor de *L'Orme du Mail* comenzó de tal suerte el elogio de Barbusse, fué porque, desde el comienzo de la guerra hasta la fecha en que apareció *El Fuego*, habíamos aguardado en vano un libro: una obra literaria que fuera más y mejor que las cien cosas triviales que, al correr de estos años, se imprimieron, y que firmaron, para menigua de sus prestigios, hombres como Barrés, Richepin y Loti; hombres que en un tiempo nos parecieron algo, pero que, contrastados con la piedra de toque de la gran tragedia, resultaron nada...

Porque, en efecto, la primera víctima de la guerra lo fué el arte: el arte en todas sus manifestaciones. El ambiente en que vivimos, y en el que, lentamente, nos ahogamos, es de muerte para todo ensueño, para

Junto a ellas, siempre o casi siempre, juega y ríe y llora el Niño querido. Y este niño no es el absurdo hombrecito macilento, bello y cruel, que fué hasta aquí a humana y poética encarnación de Eros...

toda esperanza... El espíritu no vuela ya. Se arrastra...

Así, el *Enfin!*, de France, ante la revelación de Barbusse, fué como un suspiro de alivio. Barbusse escribe...

Mas no todo es escribir.

¿Quién esculpe?...

¿Quién pinta?... ¿Quién compone?... ¿Quién dibuja?...

¿Quién nos hará olvidar los imbéciles oportunismos de Raemaekers? ¿Quién los feroces y troglodíticos apuntes de Willette? ¿Quién las manidas y falsas marionetas de Hérouard?...

Podemos decir, ante la obra de Mauzan, lo que France ante la obra de Barbusse: —¡Al fin!...

Y es que, con Mauzan, renace aquel arte del dibujo parisense que había muerto con Rafael Kirchner, desterrado allá en el páramo espiritual de Nueva York. Ese arte le pudo y le debió resucitar—si él lo hubiera



En las galantes y deliciosas historias que Mauzan nos pinta en sus «series», Eros no es verdugo, sino víctima...

querido y si Madrid y la fortuna no se lo hubieran estorbado—ese otro dibujante de grande, universal y mal aprovechado talento, que es nuestro Federico Ríbas... Pero volvamos al tema de esta charla: hablemos de Mauzan, hojando sus estampas, que son destellos de gracia y de amor, y que brindan reposo á nuestros ojos fatigados por la tragedia, en la que sólo encuentran, al correr de los días y de los años, un interminable espectáculo de horror, de odio y de muerte...

Mauzan es, exclusivamente, como lo era Kirchner, pintor de feminidad: de leve, quintaesenciada y amorosa feminidad.

Las mujeres de Mauzan son, como fueron las de Kirchner, elegantes, sutiles y divinamente frívolas. Pero así como las mujeres de Kirchner aparecían sobre la magia de la estampa rara vez acompañadas, las mujeres de Mauzan se presentan rara vez solas.

Junto á ellas, siempre ó casi siempre, juega y ríe y llora el Niño Arquero, y este niño no es el absurdo hombrecito malicioso, bello y cruel, que fué hasta aquí la humana encarnación de Eros. Este niño es un verdadero «baby» mofletudo, ingenuo y feo.

En las galantes y deliciosas historias que Mauzan pin-



Y no es el Amor quien juega con la mujer, sino la mujer quien juega con el Amor, lo que está de acuerdo con la realidad.

blo de hombre cuya sola misión en el mundo es la de satisfacer los antojos y obedecer á los deseos de su compañera.

De tal árbol, tal astilla. Esclavo de la mujer el hombre, lo es también el Amor, hijo del hombre. Pintábanle, los engañados, como peligroso *enfant terrible*, en constante rebeldía, en perpetua meditación de una diablura, esgrimiendo dardos y disponiendo asechanzas...

Mauzan, con los ojos puestos en la realidad, nos pinta el amor de *Ella* y *El* como el más sumiso y dócil de los niños. Y lejos de disparar traidoras flechas contra el seno maternal, bríndale humildemente á *Ella* todo lo necesario para esa deliciosa operación que llaman nuestras amigas de París *L'art de se refaire une beauté*: el pulverizador, que ha de poner rocío de esencia sobre las flores de la carne; el «crayon», que ha de poner sombra de perversidad en torno de los ojos; el «raisin», que ha de ensangrentar, en duelo de pasión, los labios...

¡Ah!... El pequeño rey de otros tiempos pasó á la condición de criado. Es un *valet de chambre* admitido, como sus colegas de París, á las más secretas intimidades de su señora. Es, á más de criado, confidente.

No puede decirse que su suerte es desdichada.

ANTONIO G. DE LINARES

ta en sus «series», Eros no es verdugo, sino víctima. Y no es el Amor quien juega con la mujer, sino la mujer quien juega con el Amor: lo que, dada la psicología femenina de nuestro tiempo, está mucho más de acuerdo con la realidad que aquel mito romántico del pequeño dios tirano, que ni es tirano ni es dios, porque es criatura humana y es niño sujeto á tutela y á obediencia.

...

La primera serie de estampas que Mauzan editó, ganando con ella celebridad mundial, se titulaba, sencillamente: *Ella y El*...

Ella es nuestra moderna Afrodita: delicada y costosa flor de estufa; mujer un poco artificial y un poco anormal, como producto de una vida contrahecha y falseada por el predominio de la mentalidad sobre la sensibilidad, de la imaginación sobre la percepción, de la fantasía sobre la realidad...

El es el Amor... Pero cuán lejos de este Amor aquellas altiveces, aquel despótico señorío de los tiempos en que era niño-rey, nacido del abrazo con el que un señor favorecía á su esclava...

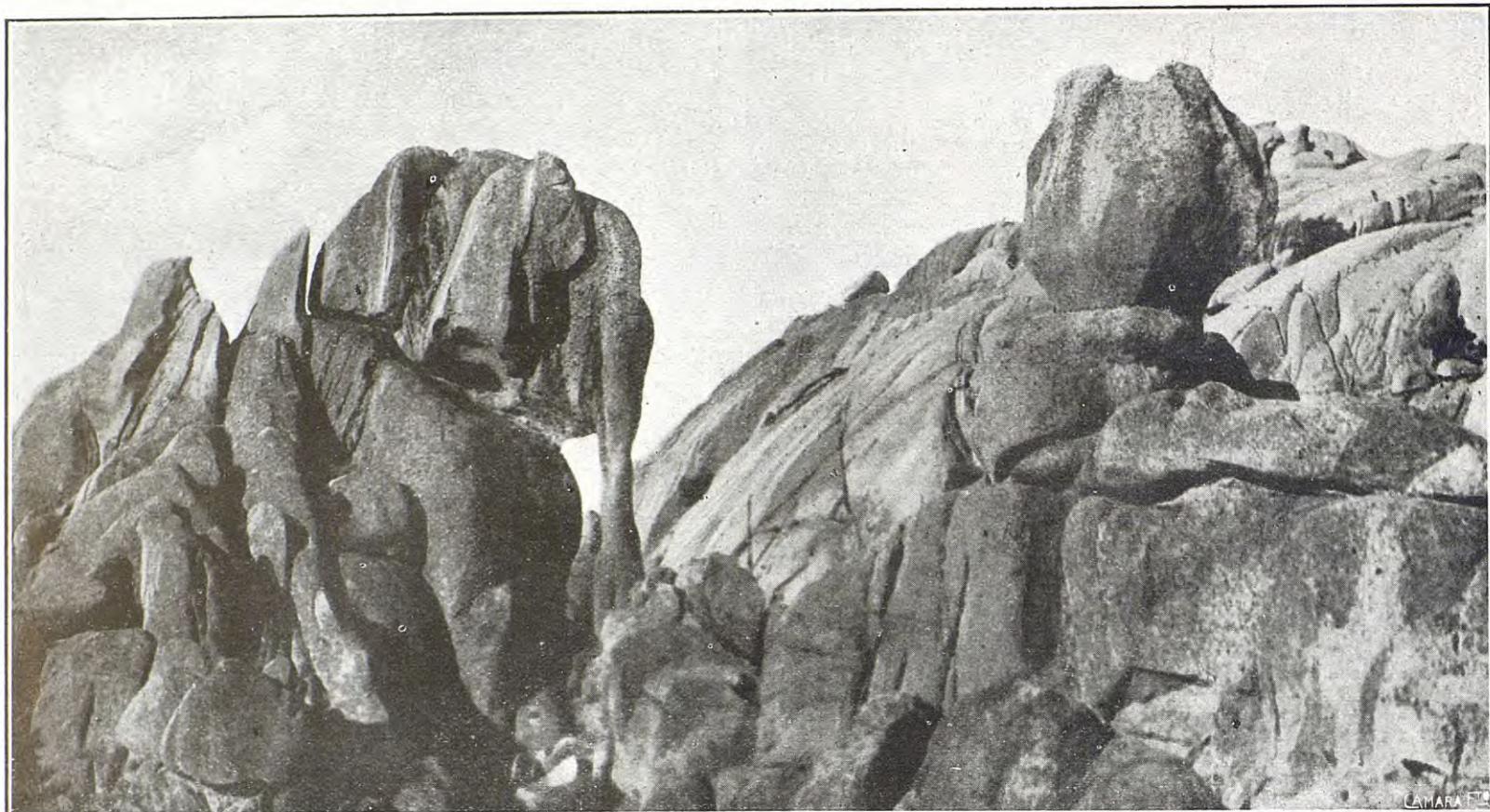
Cambiados con los tiempos los usos; alzada sobre las más altas cosas de la Tierra esa Mujer que un tiempo se arrastrara entre las más humildes de ellas; trocada en dueña, que exige y ordena, la que fué sirva, á merced de todas las exigencias y de todas las órdenes; cambiados con los tiempos los usos, el Amor es hijo de una gran señora despótica y antojadiza, y de un pobre dia-



Mauzan da al traste con el mítico romántico del pequeño tirano, que ni es tirano ni es dios...

... porque es criatura humana, y niño sujeto á tutela y á obediencia

PAISAJES DE LA SIERRA
LAS PEDRIZAS DE MANZANARES



La peña del Elefante

DICEN los sabios: Una de las montañas más arcaicas de la Península ibérica, es la del Guadarrama; tan vieja, que ya se notan en ella los síntomas precursores de la agonía, una agonía de siglos, de muchos siglos; pero que acabará por abatir las bravas crestas que se alzan arrogantes, y, al final, la imponente cordillera hallará su sepulcro en el inmenso cementerio de la llanura.

Este nacimiento se remonta á tan lejana época, que coincide con la aparición de los primeros gérmenes de vida en nuestro planeta.

En un período, hacia el carbonífero medio, un movimiento orogénico quebró en su tercio final el eje del Guadarrama, luchando las enormes erupciones graníticas con los materiales de aquél terreno. De esta lucha colossal surgieron Sierras, como la Paramera de Avila, Gredos, etc., y el granito invasor levantó montes, que quedaron unidos á los existentes. Entre aquéllos, figuran las Pedrizas. Las rocas que los forman son de granito rojo de gruesos elementos, abundante en ortosa, y tan fácilmente atacables por los agentes atmosféricos, que van desmoronándose y cayendo, adquiriendo esas extrañas formas que caracterizan el más extraño paisaje del Guadarrama (1).

Esto dicen los sabios.

Y cuentan los pastores:

Al principio del mundo, antes de los moros (para ellos no hay otras épocas que señalar), habitaban la Sierra unos hombres gigantescos, de fuerzas tan descomunales, que manejaban las rocas como nosotros manejamos los ladrillos.

Estos hombres (se refieren, sin duda, á los cíclopes) fundaron dos ciudades contiguas: una en la Pedriza anterior y otra en la posterior.

Con enormes peñascos levantaron sus casas, sus palacios, sus templos.

Los de la Pedriza anterior erigieron uno tan grandioso al dios de la Fuerza, que causó el asombro y excitó la envidia de sus vecinos.

Creció en éstos el encono, y una noche asaltaron la ciudad coronada por el templo, y derribaron, á golpes de maza, las casas, los palacios, los templos.

Todo lo redujeron á escombros; todo, menos

la cúpula del famoso templo causa de aquella lucha, pues al ir á destruirla con su enorme maza el más enfurecido de los gigantes, cayó muerto, rodando hasta el abismo. Y como prueba de la veracidad de este relato, aun enseñase la maza de que se sirvió el gigante.

La cúpula del templo quedó ligeramente hendida, pero aun se yergue alta en la cima del monte. Es la peña que antiguamente se llamó del Yelmo, y más tarde del Diezmo, porque en su base cobraban los frailes este tributo á los vecinos de los pueblos comarcanos.

Aquella ruina de la ciudad no podía quedar sin castigo, y otra noche los gigantes de la Pedriza anterior asaltaron la ciudad de la posterior, y se tomaron completa venganza, no dejando en pie ni un solo edificio.

Enterados los dioses de la lucha fratricida, castigaron á los combatientes, enviando fuego del cielo, que convirtió en brasas las piedras, y en piedras incandescentes á los habitantes, los cuales quedaron para siempre inmóviles en sus últimas actitudes.

Los pastores saltan después á la época de los árabes en España, y dicen que los moradores de las Pedrizas castigaron con el encantamiento á dos hermosas doncellas moras, enamoradas de dos cristianos guerreros, las cuales habitaban las cuevas del Ave María y la del Canto del Tolmo.

Sólo una vez al año, al orto del día de San Juan, sale esta última á peinar sus cabellos, por lo que, sin duda, en tal fecha y hora los mozos de los pueblos vecinos bailan en corro alrededor de dicho canto, esperando verla salir; pero en tantas generaciones que bailaron en torno á la famosa peña, nadie tuvo la fortuna de ver á la mora, y es porque ello está reservado al mozo que encuentre la flor del helecho macho.

Esto cuentan los pastores.

...

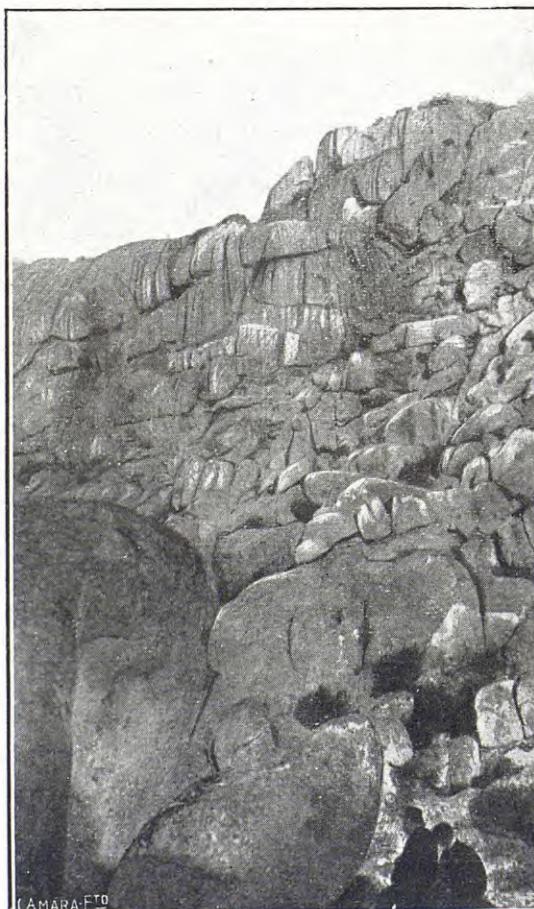
Al pisar nosotros aquel laberinto de peñascos, aquellos tétricos parajes, lo primero que se nos ocurrió pensar fué en el fundador de El Escorial. ¿Qué más escorial que éste, donde el monasterio hubiese tenido su más apropiado fondo?

Después hemos leído que, en efecto, Felipe II pensó edificarlo allí.

Cuando penetrámos en aquella fantástica ciudad derrumbada, el sol volvía de su nocturno viaje y despertaba con caricias de luz á las cimas nevadas, á las verdes laderas, al llano soñoliento.

Todo reía al sentir el dulce contacto lumínoso: la vega, las laderas, las nevadas cimas.

(1) Trabajos del Museo Nacional de Ciencias Naturales. Guadarrama, por Bernaldo de Quirós.



La ciudad derrumbada



La peña del Vizcaíno



Paisaje de la Pedriza

Sólo en este paisaje trágico de escombros manchados de sangre, agudizaba el dolor la alegría de la luz matutina.

¡Cómo duelen los rayos del sol en las almas angustiadas!

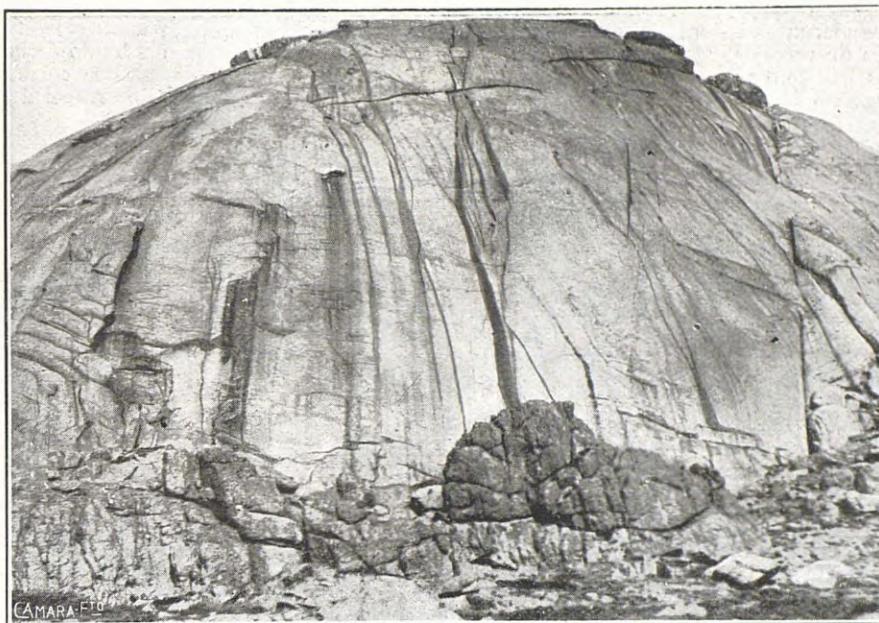
¡Cómo ahondan la tristeza en el paisaje muerto!

Un pajarillo de triste canto saluda al alba, plañidero. En el cielo se cierne un buitre.

La ciudad derrumbada causa espanto; los gigantes pedruscos amenazan rodar con estrépito hasta el llano. La ruina del paisaje es desoladora.

Rocas de fantásticas formas, de formas de seres atormentados, parece que claman piedad al cielo, parece que van a exhalar gritos de angustia, lamentos de dolor.

Hemos conquistado, después de penosos esfuerzos, la cima de la peña del Yelmo, que tiene 130 metros de altura, y en cuya cúspide el altímetro



La peña del Yelmo

marca 1.800 sobre el nivel del mar.

Desde allí, la llanura quieta nos envía un consuelo, las blancas cimas de los montes vecinos suavizan la áspera emoción, el cielo azul nos cubre de esperanza.

A nuestros pies todo el monte erizado, agrio, nos grita desesperación, nos invita a la muerte...

El sol se aleja. Las rocas se inciendan.

La peña del Yelmo es un ascua inmensa.

¿Será el fuego del cielo de que nos hablaron los pastores?

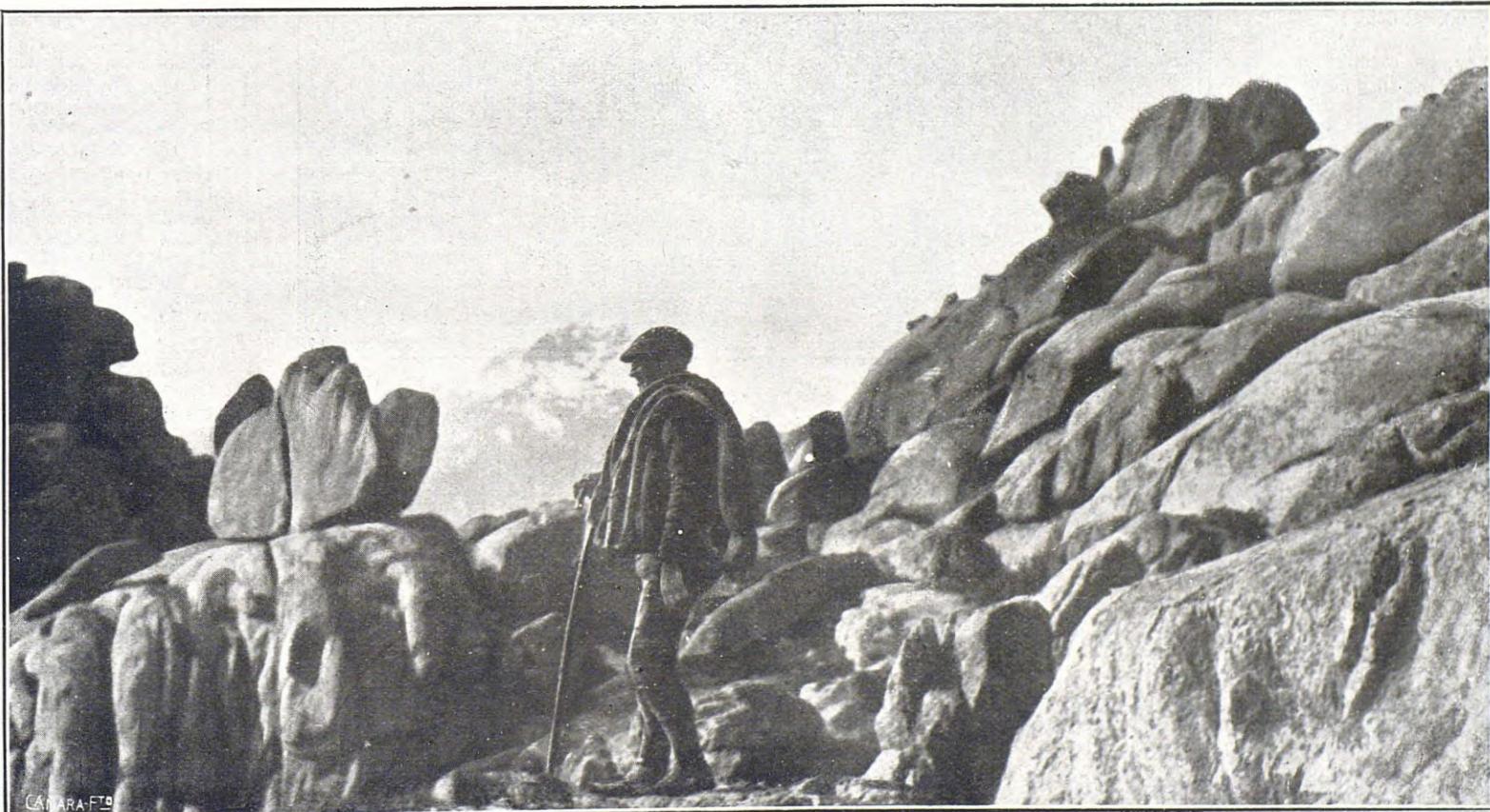
¿Será el granito rojo que nos dijeron los sabios?

Lo que dicen los sabios es más cierto.

Lo que cuentan los pastores es más bello.

Nosotros creemos a los sabios, pero escuchamos encantados las leyendas de los pastores.

L. ALONSO



Un pastor en la Pedriza

FOT. L. ALONSO

LOS GRANDES MIXTIFICADORES

M AESTRO de escuela rural y preceptor luego fué un rimador mediocre, que publicó algunas composiciones poéticas, de las que nadie hizo caso, sin duda por estimarlas de escaso valor literario.

El fracasado vate ocultó su humillación en el retiro de su hogar modesto.

Pasaron años, y un día Macpherson encontró á su amigo Home.

—¿Dónde has estado? —le preguntó éste.

—En Escocia —contestó el poeta—. De mis excursiones traigo poemas gaélicos de los montañeses del condado de Inverness. Son bellísimos.

Home y otro amigo de Macpherson excitáronle á que publicara aquellos poemas.

—No es posible —les replicó—; están incompletos y necesito recurrir á las fuentes de que proceden para reconstituirlos.

Los entusiastas del viajero promovieron suscripciones para facilitarle el medio de recoger aquellos tesoros literarios perdidos, que sólo se conservaban en el archivo de la memoria de viejos montañeses. Y Macpherson fué en busca de la grandiosa epopeya, para reunir sus restos dispersos.

Cuatro años después volvió á Inglaterra portador de dos poemas, que supuso correspondían al siglo III, debidos á la inspiración de un poeta guerrero, ciego como el rapsoda de Grecia, llamado Ossian.

Esos poemas eran *Fingal* y *Temora*, y se publicaron en 1761 y 1762.

Su lectura produjo en toda Europa un sacudimiento de admiración.

Goethe, Byron, Napoleón, Chateaubriand, Mad. de Staél y Lamartine, entre otros, se extasiaron ante la vasta y sublime epopeya gaélica y sus heroínas vaporosas de ojos claros y azulinos, inmaculadas; con sus bardos colgados de las arpas cantarinas; con sus lagos de ensueño; con sus espectrales rayos de luna, con sus sombras agitadas por hálitos misteriosos... Y Oscar y Malvina sintetizaron un mundo de poesía.

Todos los niños se llamaban Oscar; todas las muchachas, Malvinas.

Los enamorados soñaban con ellos. Y las damiselas veíanse recorriendo jardines floridos de ambiente embalsamado, vestidas de blanco, con el cabello tendido y suspirando amores, mientras las fuentes susurraban músicas nóstalgicas, que respondían acordes al agitado vuelo de las almas.

Y los jóvenzuelos, pálidos, de melancó-

lico semblante, paseaban indolentes sus espejismos pasionales, y, sintiéndose poetas, fingían en su mente adorables fantasmas de mujeres ingravidas, consumidas de amor en florestas de sensual veneno.

Fingal y *Temora* y *La muerte de Cathullin* eran Biblia de la Humanidad; *La Ilíada* del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX.

Y Macpherson trocóse en un nuevo Homero.

Los románticos sones arrancados á la trompa de los personajes de las Highlands repercutieron en Europa entera como toques supremos que convocaban al culto del amor impoluto.

Ossian era el nuevo Dios que surgía de un rayo de luna. Sus sacerdotisas fueron legión; sus apóstoles, innumeros; sus evangelistas, todos los poetas; sus convertidos, desde los reyes á los villanos.

Macpherson se hizo millonario.

Promovido á la baronía, sentóse en la Cámara de los Comunes. Y, al igual de Shakespeare, tuvo su monumento en Westminster.

Le calificaron de genio, por denominarse Ossian y bardo del siglo III. Cuando se hacía llamar

por su verdadero nombre, ni siquiera le reconocieron talento. Tuvo el tacto de morir sin revelar la superchería. Sus contemporáneos no se la habrían perdonado.

Y desde su soberbio castillo de Escocia, á manera de torre de marfil, se estuvo riendo por espacio de más de treinta años de un mundo delirante y entontecido con esta inmensa mixtificación.

Ossian vengaba las humillaciones de amor propio y los padecimientos materiales que en su abandono y en su indigencia sufrió James Macpherson, cuando recorría las calles de Londres en busca de publicidad para sus poemas y de alojamiento para su cuerpo extenuado por el cansancio, el hambre y la rabia de no verse comprendido.

En su tiempo no faltó quien quiso desenmascararle, invitándole a exhibir los originales de las obras del fantástico Ossian, ó á demostrar, por otros irrefutables medios, la existencia real del bardo de las montañas.

En la comezón apasionada de derribarle del alto escabel á que le había encumbrado la sensiblería creyente, fanática de todos los pueblos, muchos le retaron á duelos severísimos.

Pero él ni siquiera se molestó en contestarles. ¿Para qué?

Posteriormente, el inglés Saunders y el italiano Tedeschi demostraron la superchería de Macpherson. Desde entonces, Ossian quedó destituido de su categoría de genio.

Al desgarrar la dorada túnica representativa del sér superior, casi divino, y aparecer la figura vulgar de un hombre revestido de la común indumentaria y de un nombre plebeyo, cesó la sugestión, se borró el encanto, y el ídolo fué arrumbado como santo viejo que no hace milagros. Si aquellos señores no descubriéron el engaño, hoy seguiríamos adorando á Ossian en igual forma que á Homero, á Virgilio, á Dante, al Tasso, á Milton...

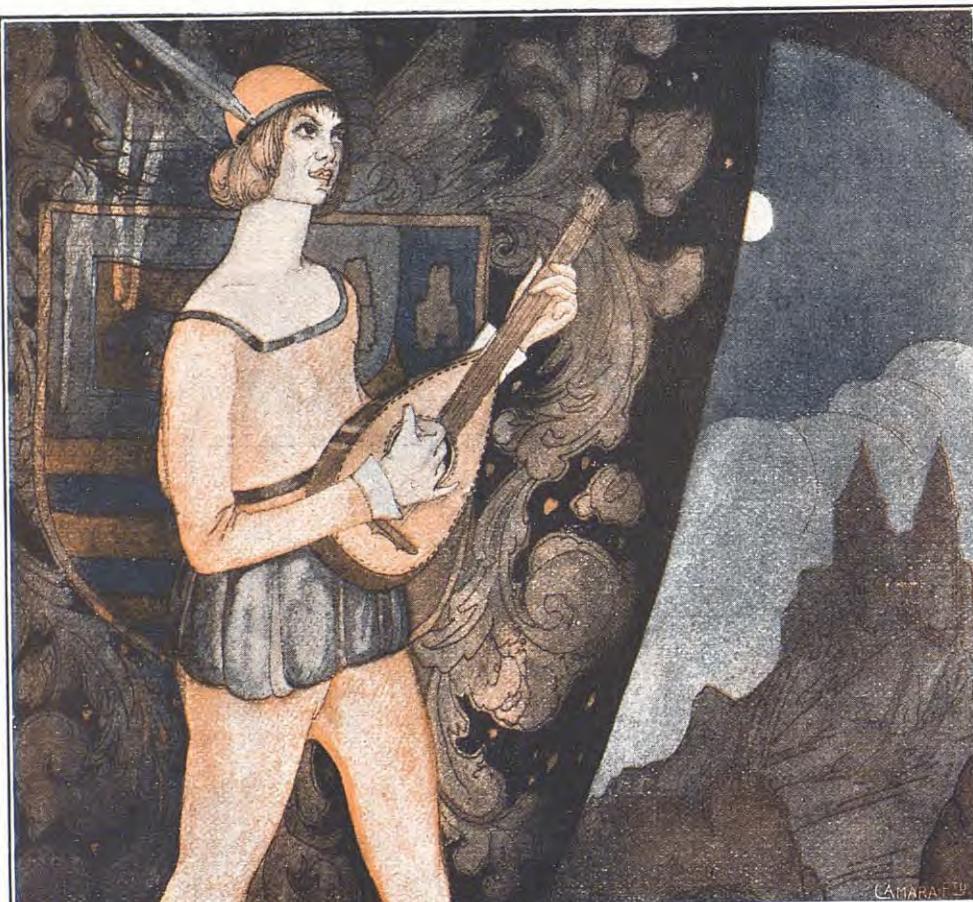
Yo creo que la acción de Saunders y Tedeschi fué una mala acción.

Ossian ó Macpherson vino á ser algo así como el escritor representativo de una época, de un momento hiperestésico del cerebro mundial. Si satisfizo las ansias ideales de los hombres y las mujeres de su tiempo, realizó una obra bienhechora.

¿Por qué, pues, hemos de agraviarle con infamante desprecio, como al más despreciable de los delincuentes?

Verdad es que todavía el buen Panurgo conserva su rebaño de borregos.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ



LA BALADA DE LA AUSENCIA

¡Entre todos los dolores
no hay ninguno como estar
ausente de quien presente
en nosotros siempre está,
que si amor, de cerca, es triste,
de lejos es mucho más!

¡Ay, si la roca más dura
pudiese sufrir mi mal,
la roca se partiría
como si fuese un cristal!

¡Ojos míos, ojos míos,
cegad de tanto llorar!...
¡Para qué queréis la vista
si no la podéis mirar?

Cuanto miro me parece
que me dice: —¿Dónde está?...
¡La rosa aumenta mis duelos,

¡Pues me viene á recordar
las rosas que en sus mejillas
florecer no veré más!

¡El llanto ciega mis ojos
si oigo al ruisenor cantar,
pues recuerdo la voz que
nunca volveré á escuchar!

Y la luna me recuerda
la palidez de su faz,
cuando, unidos en un beso,
bajo el florido rosal,
nuestras manos se entrelazaban
cuál las perlas de un collar...
¡Sus manos entre las mías
no volverán á temblar!

Francisco VILLAESPESA
DIBUJO DE MOYA DEL PINO

SENSACIONES



ALQUELA señorita *Rayo de Sol*, con sus piruetas infantiles, con su estatuilla no menos pueril, por curiosa paradoja envejecía la sala donde la señorita *Claro de Luna* y la señorita *Luz de Reflector*, entradas corrompidas en su languidez, que tenía el origen en la morfina y el opio, daban la nota de modernidad.

¿Cómo explicarse que una chicuelita alegre, bella, ruidosa, entenebreciese un *music-hall*, anticuándolo, colocándolo idealmente en el pasado? Al mismo tiempo, ¿qué se debe que dos consumidas sacerdotisas de un jardín con flores del mal, exangües y espetrales, difundieran en el aire un aliento nuevo que significaba tanto como la juventud?

Cuestión de la moda. Aclararemos el caso con un ejemplo, como el geómetra saldría á la pizarra: Si una amiguita nuestra de hoy tuviera el capricho de vestirse con la falda, por el polisón hueca, de su abuela, resultaría menos actual que si una dama eternizada en un retrato de entonces, una señora ya en su otoño, por juego de un pintor, cambiase aquellos vestidos y su peinado por los que ahora privan en el mundo. Así, en el teatro de *variétés* á que aludimos, la señorita *Rayo de Sol* nos transportaba á la época de la adolescencia de nuestros padres, en tanto *Claro de Luna* y *Luz de Reflector* satisfacían el concepto que nosotros tenemos acerca de la mujer de escenario.

La moralidad renovó sus fronteras y, por consiguiente, ya es otra la inmoralidad. Antes, la fértil y peligrosa y diabólica era la muñeca frívola, que ríe, voluntariosa, con rizos de oro, ojos de cristal y boca de porcelana. Sus manitas derrochaban enormes fortunas en un can-can de

lujos y libras. Su corazón achampañado, cada noche embriagaba el cuerpo divino que le servía de templo, y con risas alocadas por carillón se convocaban á la orgía. Por último, el clac del gran duque, que se arruinaba grave y complaciente al lado de la *poupée*, un buen día se afianzaba en la testa del prócer saqueado, como un apagavelas en un cirio. Y en seguida surge un nuevo esclavo del idólico adorable y cruel. En Alfonso Daudet encontrarás muchas aventuras por el estilo. A la sazón, pasaba la mujer profesional de la belleza por un juguete caro y peli-

groso. Nos habíamos enamorado de un revólver para el bolsillo del frac y, examinando una vez el arma, se disparó y nos atravesó el corazón.

Al cabo de los años, ya no seducen las criaturas que formaron la galería de fototipias en las cajas de fósforos. Alfonso Daudet ha sido eclipsado por Baudelaire con su morbosidad. El gran mundo ha envejecido, y, más que con la carne, se deleita atormentándose con el espejismo de una sensualidad cerebral. Comiéndase por estimar la morbidez del cuerpo femenino; luego, ya influyen la calidad y el aspecto de las batistas, las sedas y el perfume íntimos, y, al fin, sólo existe el pecado de las almas. El ajenjo creó otra sed que no apaga el *champagne* de los reservados en el *restaurant* de lujo. Se solicitó el misterio en las sensualidades, se quiere gustar en el goce presente algo como un antílope de la muerte y también de la inmortalidad. De ahí el éxito del cosmopolitismo, que hace vivir dos vidas á quien, hallándose en Madrid, se siente en la India, y del tipo maquillado, estéril, inmaterial, en la mujer casi fosforescente por una ilusoria descomposición, cuyas caricias evocan el rosal que ha de crecer en nuestra tumba, con sus raíces en el cadáver.

La señorita *Rayo de Sol* ya no enamora ni siquiera á los colegiales. Resulta demasiado sencilla y comprensible. Ya no posee el principal encanto del eterno femenino: su enigma mental y sentimental. Casi no es bonita ni femenina, en fuerza de ser femenina y bonita.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE BALDRICH



AMARA-FOTO

VIENDO EL MAR AL CAER LA TARDE

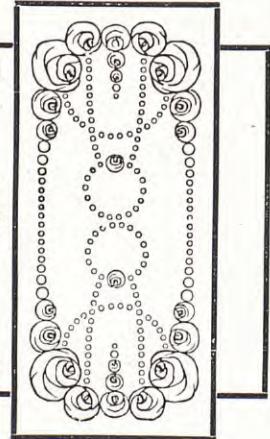
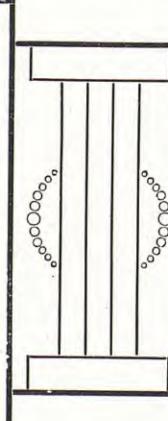
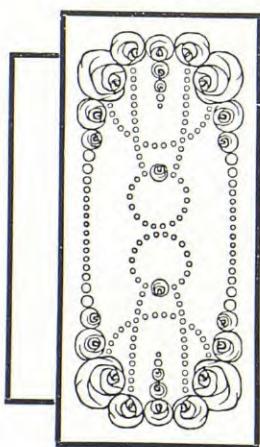
Las olas están lejos: inconsciencia, alegrías;
frívolas impulsiones de los jóvenes días.
Ya se acercan las olas, ya péridas se enlazan:
son las tribulaciones que la vida amenazan.

Ya el arrecife asaltan, ya rompen en la arena:
son las primeras lágrimas de la primera pena.
Del arrecife sólo se ven unos pedazos:
gemidos y á los cielos levantamos los brazos.

La tarde va cayendo doliente en lontananza:
adiós á los placeres, adiós á la esperanza.
La estrella vespertina surge en la paz del cielo:
la religión que ofrece el postrimer consuelo.

y la sombra se traga el terrestre hemisferio
y se acaba la vida y comienza el misterio...

DIBUJO DE VERDUGO LANDÍ

Emilio BOBADILLA
(«Fray Candil»)

LA ESFERA

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



COSTAS GALLEGAS, cuadro de Francisco Llorens

BARCELONA MONUMENTAL
LA CASA DE LA CIUDAD

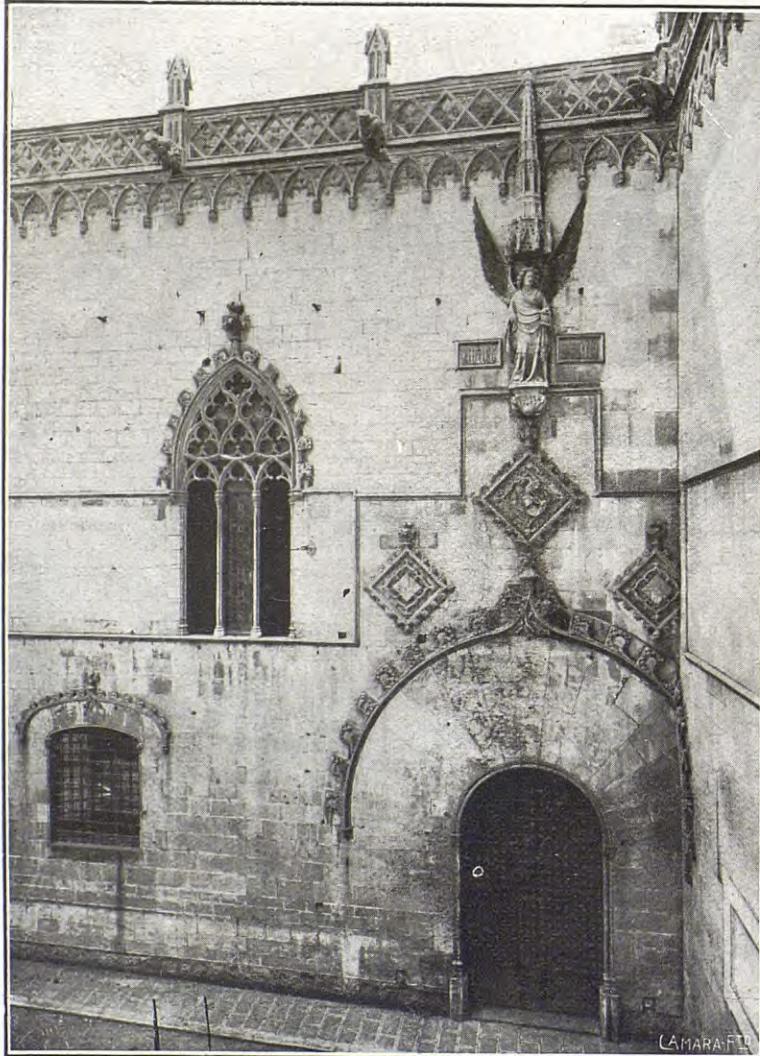


Fachada principal de la Casa de la Ciudad, de Barcelona

ENTRE las construcciones más importantes de la ciudad condal, figura el Ayuntamiento ó Casa de la Ciudad, á la cual dedicamos la presente información. Este edificio, cuya planta corresponde á la antigua arquitectura, ha sufrido con el transcurso del tiempo importantes y capitalísimas transformaciones, singularmente en su parte exterior, hasta el punto de que del antiguo palacio sólo

queda la fachada correspondiente á la calle de la Ciudad, que constituye un bello ejemplar de arte gótico.

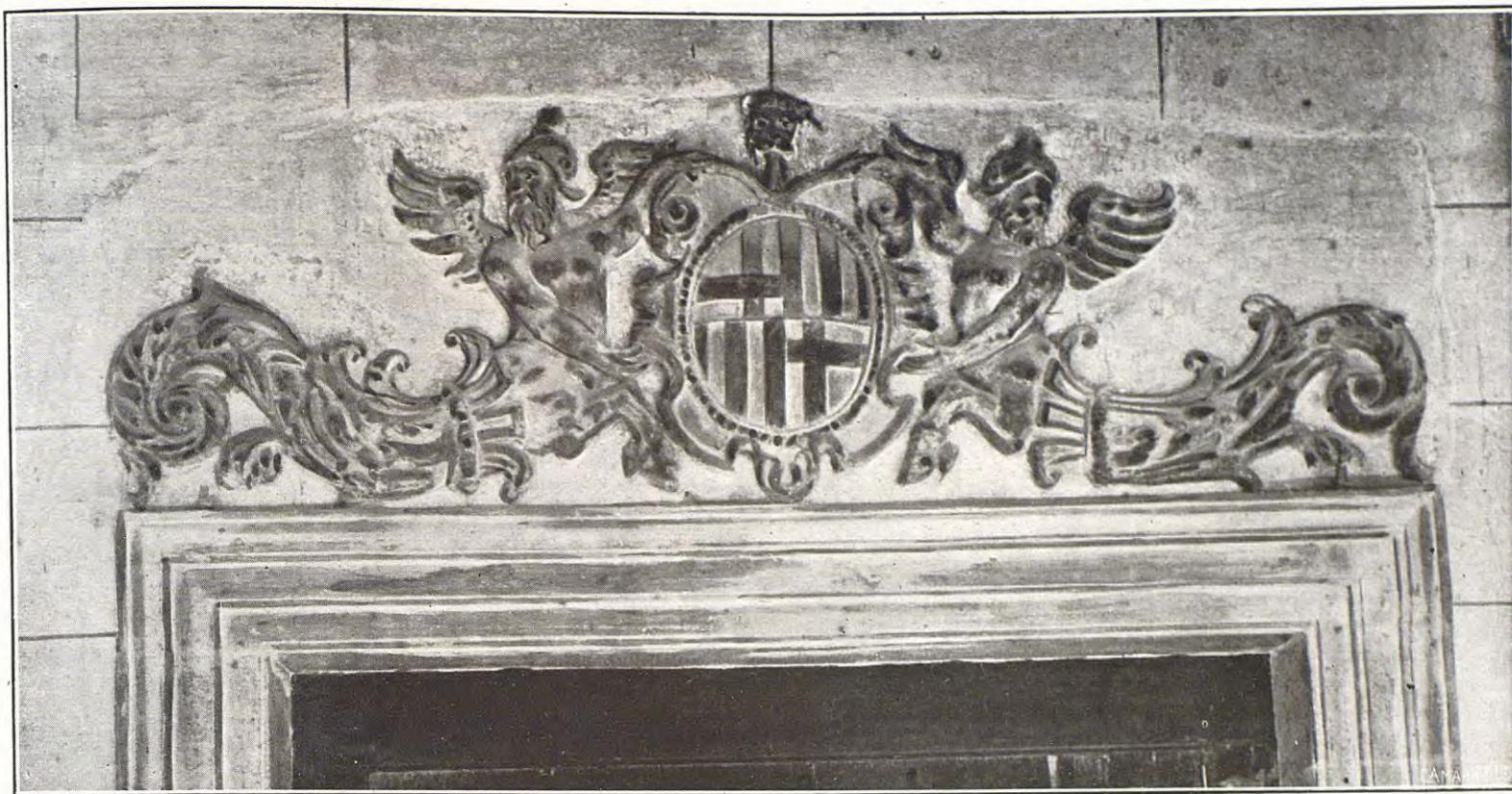
La fachada principal, que cae sobre la plaza de la Constitución, es la de más moderna construcción, y fué ejecutada por el arquitecto José Mas, En la parte inferior del edificio, y al nivel del suelo, hállase colocado un esbelto pórtico con enverjado de hierro, y en el centro figura un cuerpo



Fachada gótica de la calle de la Ciudad



Galería gótica, que conduce al salón de Ciento



Escudo que decora una de las puertas de la Casa de la Ciudad

FOTS. MÁS

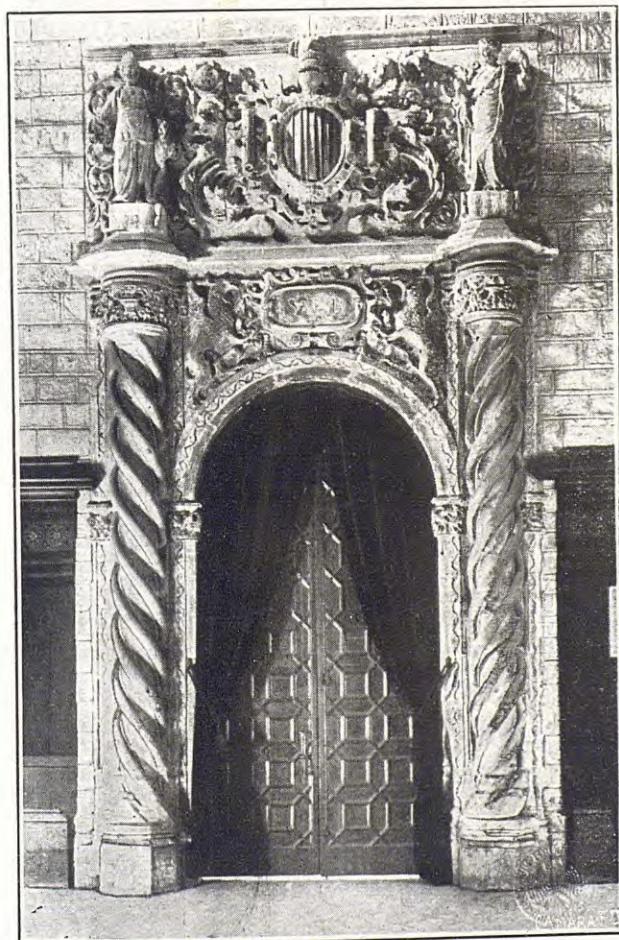
avanzado en el cual se abre la puerta principal entre dos hornacinas, con las esculturas del monarca Jaime I y del canciller Juan Fivaller, originales del escultor José Bover. Encima, y ocupando todo el ancho de este cuerpo, cuatro columnas jónicas sustentan el cornisamiento, que forma en su base un balcón corrido, y que, como todo el resto de la fachada, pertenece al mismo gusto arquitectónico de las columnas. El escudo de la ciudad se ostenta en la parte superior de esta fachada, que, en su totalidad, presenta un aspecto lleno de belleza y elegancia.

La fachada que corresponde á la calle de la Ciudad, antes citada, tiene una puerta cobijada por ancha pestana y sobrepujada de tres escudos y la imagen de un ángel colocado bajo doblete, y en su paramento figuran

por carecer del espacio que semejante trabajo precisaría, como por no ser la índole de este trabajo la más á propósito para ello, es de grandes proporciones, y su techo, de artesonados sencillos y elegantes, descansa sobre cuatro grandes arcos que, á su vez, están sostenidos por medianas columnas adosadas á los paramentos.

La nueva sala del Consistorio es de forma semicircular, y tiene sobre ella media cúpula de gran esbeltez.

He aquí, descrita á grandes rasgos, la estructura de la Casa de la Ciudad de Barcelona, que, como dijimos al principio, constituye una de las más bellas e importantes construcciones de la capital de Cataluña, y de la que José Más, el notabilísimo artista del objetivo, ha obtenido las admirables fotografías que ofrecemos al lector.—L. G.



Puerta principal del salón de Ciento



Estatua de Santa Eulalia, que decora uno de los ángulos de la fachada

tres ventanas tripartitas y caladas.

En el interior hállanse situados el patio y la comandancia, ésta con admirables artesonados, y dos escalinatas, aun sin terminar, que conducen á la galería ojival del primer piso, donde se encuentra el «Salón de Ciento».

Este salón, célebre por haber tenido lugar cabe su recinto importantes hechos históricos que no reseñamos, tanto



Puerta de la Inscripción "S. P. O. B."

LA ESFERA

BARCELONA MONUMENTAL



GRAN SALÓN DE CIENTO DE LA CASA DE LA CIUDAD

FOT. MÁS

«... Bendita y alabada sea esta pródiga y rancia tierra de Castilla, plantel de místicos, poetas y soldados, que de ella han salido numerosos y notabilísimos ejemplares para proveer toda España.

»No sino mírense las historias antiguas, y pocas serán las páginas de ellas en que no se halle el nombre de un bienaventurado siervo de Dios que naciera en tierra de Avila, un ingenio que no pastara riopios en las márgenes del Duero, un bravo que no retorñara en los campos de Alba, y un gallofo que no se doctorase de bellaquerías en la Universidad del Azoguejo.

»Bien hayas de Dios, Castilla hidalga, primer florón de la hispana monarquía. Tan bien has sabido hacerlo, que extiendes la simiente y ya hasta Madrid, muladar de pecadores, tiene su santa que ruega al Señor por los desmanes de la gente cortesana.

»Gozo en el cuerpo y confortación en el espíritu, pone el pasar á cualquiera hora del día ó de la noche por la calle de los Santos, vecina del templo de San Francisco, donde habita el portento de la fe y amiga particular de los santos del Cielo, la

jamás como se debe alabada beata Clara. Tan grande es suantidad y tan portentosos sus milagros—entre los que se cuentan el poner huevos de gallina—, que el ilustrísimo señor obispo auxiliar de Madrid ha rogado al Nuncio apostólico que vaya á visitarla, y entrambos han conseguido del Pontífice licencia para celebrar en su casa el santo sacrificio, y aun para tener el Santísimo de manifiesto.

»Un jubileo es todas las tardes las inmediaciones de la santa casa. La espumilla de la corte y la flor y prez de la Iglesia acuden á rendir á la veneranda mujer la pleitesía de su homenaje, y antes permitiría la gente del barrio toda clase de desmanes, que consentir un agravio á la sier-va de Dios...

»Cada día, á punta de noche, se ven salir dos gentiles tapadas, que, sin duda, estuvieron desde muy temprano haciendo penitencia y aprendiendo la manera humilde y cristiana de alabar á Dios.

»Cuando la pobrecita habitaba en la calle de Cantarranas (al otro lado de la villa), era ya tanta la fama de su virtud, que por no causar agravio á su humildad, hubo de retirarse á este lugar, más lejano del bullicio.

»Y no son solamente personas piadosas y temerosas de Dios las que acuden en busca de la gracia divina, sino también muy graves consejeros de Estado, que la consultan los arduos problemas del Gobierno; por más señas, que dicen que su beatitud tiene por muy perniciosa la influencia del ministro Urquijo, y más de una vez lo ha dicho, sin que hasta la hora desta se haya tomado en cuenta su inspiración.

»La venerable madre de su merced tiene á su cargo la recepción de visitas y despacho de milagrerías, porque la hija, con atender á su exalta-



ción permanente, no tiene lugar para volver los ojos á las miserias y pedigüerías de la gente.

»Diz que el retiro de la elegida es una estancia estrecha, en cuyo fondo hay un balcón cerrado y cubierto por un pequeño retablo de Nuestra Señora de los Dolores. Un vaso de vidrio, puesto delante de la imagen, esparce una débil luz, la cual proyecta informes sombras sobre la bayeta negra que tapiza las paredes.

»Clara está vestida con una túnica cenicienta y larga, sujetada por una soga de esparto. Tiene los lacios cabellos tendidos sobre la espalda, y la lividez intensa que decolora sus mejillas le da un aspecto cadáverico que suspende el ánimo y hace pensar en la poquedad de la vida.

»De confino está arrodillada ante el altar. No sé cómo haya en el mundo quien viva en pecado mirando tanta virtud y recogimiento...

...

»Al fin, la maledicencia ha hecho su oficio, y dió al traste con las virtudes y penitencias de la beata Clara, haciéndola encarcelar en las cárceles del Santo Oficio.

»Hoy, 14 de Julio de 1803, á la una de la madrugada paró un coche—con las ruedas encorvadas, así como los cascos de los caballos, por que no se advirtiera el ruido—ante la casa de su merced. De la silenciosa y pesada máquina se apareon tres hombres, penetraron en el austero recinto, y salieron de allí á poco con la sierva de Dios y la autora de sus días.

»Sin más ruido que el que trajeron, tomaron la vuelta, y no pararon hasta la dicha cárcel de la Inquisición.

»La gente cree que todo ha sido obra de una mala voluntad.

»Han transcurrido unos días, y ya se sabe que fué delación de una criada vengativa. Parece que fuése á confesar con el P. Oseñalde, pároco de San Andrés, y le dijo, sobre poco más ó menos...

»Acúsome, padre, de haber servido á la supuesta beata Clara, y contribuído á propagar sus embusteros milagros. Esa mujer no es tal santa, sino una grandísima pécora de la peor especie, hija de otra más pécora. Lejos de lacerar sus carnes, las baña todos los días en agua de rosas; á cada hora del reloj tiene un amante, y las penitentes que la acompañan no son sino lobas de la misma camada, con su lobo correspondiente. Allí nunca se supo qué sea ayunar, pues se dan los más abundantes banquetes. Yo me acuso de haber callado por tanto tiempo estas supercherías; pero ahora no pude más por haber sido injuriada, que si no, no lo dijera en todos los días de mi vida, pues no hay casa en el mundo en que se pase con más comodidad y regalo...

...

»Hase hecho probanza de todo, y ya la que antes era espejo de virtudes, anda en coplas de ciego (que en esto suelen parar las grandezas humanas).

»Famosos han quedado el Ilmo. Sr. D. Anas-tasio Poyal y Poveda, obispo auxiliar de Madrid; el Nuncio de Su Santidad, D. Pedro Gravina, y el confesor de la beata, Fray Bernardino Barón...

»Vade retro...

Por el traslado de estos papeles,

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

CHARLA...

Qué opinan ustedes de los asuntos del Cileste Imperio?

—Que los crespones de China parecen más bonitos que nunca...

—¿Qué se sabe del Japón?

—Que sus biombos, si han de ser «de última», han de ser negros.

—Se susurra que no desaparecerán las mangas *plates*.

—Un gran «modisto» francés, en su pasión por el estilo Directorio, así lo desea.

—Tampoco concluyen las faldas fruncidas.

—Llamadas á hacer juego con airoosas casacas y levitas, ostentando chorreras y solapas.

—¡Grandes solapas!

—Resultaremos así bastante atractivas...?

—Yo estoy por madame Staël.

—Prefiero á la Récamier.

—Ya que de opiniones de los grandes «costureros» se trata, sepamos qué dice otro de ellos.

—*Il donne en plein dans le 1830.*

—¿Madame de Girardin?

—¡Y va de sabias!

—¿*Basbleuisme* triunfante?

—No tanto, no, gracias á Dios.

—Pues vengan más decretos y profecías.

—¿De modas?

—Sí.

—Hombros caídos, «bertas» que los ensancharán más aún...

—Romántico, encantador...

—¿Cuál es la opinión de algún otro famoso *faiseur*?

—*Je vous le donne en mille*—como decía madame de Sévigné.

—¿Seguimos con las mujeres de *esprit*?

—Perdona, pero vuelven, y sean bien venidas... Pues, como decíamos, ese otro *faiseur* se extasia, «flota», entre el Luis XIV y el Luis XV.

—¿Reacción tenemos?

—Calla, pícara avanzada. Nada hay tan nuevo como lo antiguo. La reacción es progreso... en las modas; y en este sentido, las reminiscencias son las conquistas de la coquetería...

—¡Luis XIV, Directorio, Luis Felipe...! Competencia de tres importantes épocas... ¿Cuál vencerá?

—Hay en ello algo más que un asunto de modas...

—Seguro, si es que se trata de fijar nuestras preferencias, expresando por cuál régimen optamos, y qué tiempo pasado se nos antoja mejor.

—¿«Estado de alma»? ¡Moda de las modas del espíritu!

—¿Seremos sentimentales como una romanza de Luisa Puget? ¿Arrojadas, temerarias, cual las hermosas amazonas de Bonaparte, ó todavía más presumidas y vanas que las damas de la Corte del Rey Sol?

—¿Descubrimientos psicológicos?

—Cosa divertida; grave, nunca.

—¿Qué más?

—Dominio de la mantilla. En esta época, ya se sabe, priva para ir á la iglesia; en primavera, sabido es que se impondrá para asistir á las corridas de toros.

—Y, desde hace poco tiempo, reina en ciertas lámparas.

—¿Cómo?

—Como lo estáis oyendo: en la poética lámpara del gabinete de una mujer hermosa. Esa lámpara, si ha de seguir los últimos mandatos del *chic*, mandatos no muy divulgados aún, ha de ostentar, á modo de ancho y cumplido volante, una mantilla de legítima blonda negra, que, colocada de tal guisa, da no sólo agradable semiobscurezca al aposento, sino también mayor esplendor á las exigencias de ciertas elegancias que, por lo visto, tienden á un marcado é inexplicable afán de negruras...

—Lo cual no reza con nosotras, que lo vemos todo color de rosa...

—Y somos infinitamente, inofensivamente coquetas...

(Regocijo general. Charla terminada.)

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE



Vestido de punto («tricot») de seda, color azul, más bien oscuro. Camiseta de crespón, de seda también, tono «cremoso». Toquita de terciopelo azul. Medias asimismo azules; zapatos de negro tafilete chaflado. Y... esos sendos bolsillos de la falda, demostrándonos que, por suerte, no están llamados á desaparecer

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

EVITANSE
TRATANSE
CURANSE
TODAS LAS ENFERMEDADES
DE LAS
Vías Respiratorias
con el empleo de las
PASTILLAS VALDA
ANTISÉPTICAS
Pero no se responde del éxito sino empleando
LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
EXIJANSE PUES
en todas las farmacias
En CAJAS de à Ptas. 1.50

con el nombre **VALDA** en la tapa
y nunca de otra manera
AGENTES GENERALES: Vicente FERRER et C^o,
BARCELONA.

Fórmula:
Menthol 0.002
Eucaliptol 0.005
Azucar-Goma.

YELMO FLORIDO

por
JOSÉ MONTERO

Libro primorosamente editado, con versos y prosa, á manera de prólogo, de Francés, López Martín, Pérez Olivares, López de Saá y Ramírez Angel. Dibujos de Alcalá del Olmo, Antequera Azpiri, Ferrer, Güel, K-Hito, Marin, Ribas, Tito, Varela de Seijas y Verdugo Landi.

Pedidos á «Prensa Gráfica» y á «Editorial Mundo Lati. o», plaza del Conde de Bilbao, núm. 5, Madrid.
Precio: 4 pesetas franco correo certificado

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 13
Camisas, Guantes, Pañuelos, Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

MURUA Y ALBIZURI
BANCO DE ESPAÑA 3 BILBAO

TINTAS
LITOGRÁFICAS Y TIPOGRÁFICAS

de **Pedro Closas**

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70
Despacho: Unión, 21
BARCELONA

RAMOS

Últimos modelos en postizos fantasía. Lavado y ondulación Marcel en casa y á domicilio. Teléfono 3.513.

Huertas, 7, Madrid

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Díjase á esta Administración, Hermosilla, 57



—Fuiste cruel con Aurora.
—Es una mujer perjura.
—Pobre! Tu desvío llora.
—Además, sobran ahora niñas bellas desde que usan PECA-CURA.
Jabón, 1,35.—Crema, 2.—Polvos, 2,20.—Agua cutánea, 5.—Colonia, 2,75, 4,25, 7,25 y 12,75 pesetas, según frasco.

CREACIÓN DE CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

PASTILLAS BOLÍVAR

CATARROS, ASMA, TOS

MUEBLES
DE GRAN
LUJO

ESTILO INGLES
DE
GUSTO IRREPROCHABLE

SIROLINE "ROCHE"

El frasco fcos 4.

Pidase en todas las buenas farmacias.

Tomada a tiempo, la SIROLINE preserva de enfermedades más graves a los que están atacados de afecciones de las vías respiratorias: *Catarros, Tos rebelde, Grippe, etc*

Deben tomar la SIROLINE:

1. Cualquiera que se halle propenso a adquirir resfriados, porque más vale prever que curar.
2. Los niños escrofulosos, a los que mejora muchísimo el estado general.
3. Los asmáticos, a los cuales alivia considerablemente sus sufrimientos.
4. Los adultos y los niños atormentados por una tos pertinaz, a los que rápidamente contiene las quintas dolorosas.

Lea Ud. los miércoles

MUNDO GRÁFICO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA

30 cts. en toda España

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

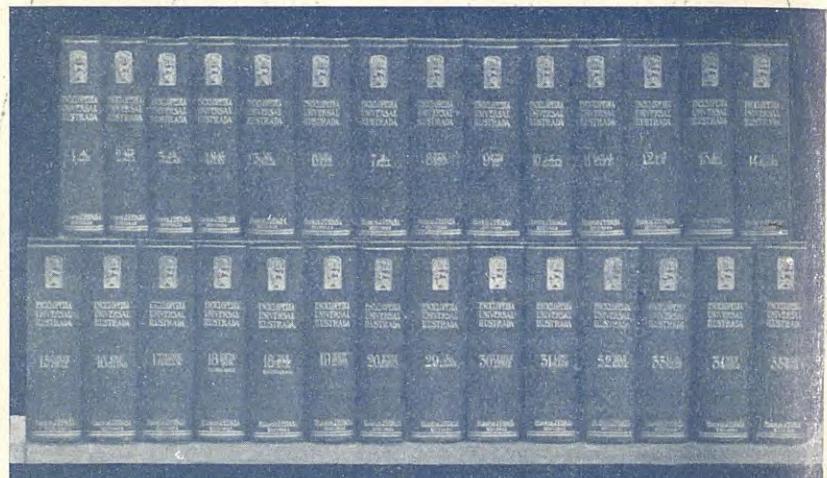
De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.



PECHOS SIANAS Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCA-** Doctor Brun, ¡25 años de éxito mundial es el mejor reclamo!, 6 pesetas frasco. Madrid, Gayoso, Martín Durán. Barcelona, Alina, Segalá, V. Ferrer. HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». TRINIDAD, Bastida. PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. SANTO DOMINGO, Fiallo. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. GUATEMALA, Sierra, Zaragoza, Jordán. Valencia, Cuesta. Granada, Ocaña. San Sebastián, Tornero. Murcia, Seiquer. Vigo, Sádaba. Valladolid, Llano. Jerez, González. Santander, Sotorro. Sevilla, Espinar. Bilbao, Barandiarán. Las Palmas, Lleó. Mallorca, «Centro Farmacéutico». Coruña, Sánchez. Mandando 6,50 pesetas sellos á Poussarxer, Marqués Duero, 84, apartado 481, Barcelona, remítense reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*

ALHAJAS

BRILLANTES, PERLAS, ORO, PLATA Y PLATINO SE PAGAN COMO EN NINGUNA PARTE :: VENTA DE BANDEJAS, CUBIERTOS, VAJILLAS Y VARIOS OBJETOS PLATA DE LEY, AL PESO. FERNANDEZ Y VEIGA, ESPARTEROS, 16 Y 18, TELEFONO 2.529, MADRID



“ENCICLOPEDIA ESPASA”

Fruta laxante refrescante

contra el

ESTREÑIMIENTO

Almorranas, Bilis, Embarazo gástrico é intestinal, Jaqueca

TAMAR INDIEN GRILLON

Paris, 13 Rue Pavée
y en todas las farmacias



Para Viajes, Excursiones, Meriendas, Cacerías, etc., no olvidar la

Mortadella "SIBERIA"